



LA ÚLTIMA  
BALA DE  
PLATA  
ARWEN  
GREY



# LA ÚLTIMA BALA DE PLATA

ARWEN GREY



Fort Worth, Texas, 1874

El olor de Amy era dulce y amarillo como el heno sobre el que estaba recostada. Pero su piel, cuando paseaba la lengua por su cuello, tenía un matiz salado, como de sudor de verano.

Jamás se lo diría, porque se ofendería si llegaba a insinuar que estaba sucia, pero a Gereon le gustaba que tuviera aquel sabor. Su sudor la hacía real.

Cuando estaban así, tumbados, desnudos, con las piernas enredadas, a Gereon le parecía que todo era posible.

Él, el vecino pobre, el que apenas sacaba para comer con su cosecha, cuya única fortuna consistía en un pozo con agua en sus tierras, suficiente para abastecer su ganado.

Oscar Kavanagh insistía en que un día ese pozo se agotaría y en que debería invertir en una instalación desde su propio rancho para no tener que preocuparse jamás a ese respecto. Gereon no lo tenía tan claro. Conocía lo bastante el terreno como para saber que el pozo era grande y que, con un buen trabajo, el agua duraría años. Pero Kavanagh no era fácil de convencer ni de alejar. Además, también tenía que pelearse con los Donovan por cada milímetro de tierra. Cada día encontraba una valla derribada o movida, y nunca era para encontrar sus terrenos ampliados.

Él al que todos tomaban por idiota, estaba haciendo el amor con Amy Donovan en el granero.

Él, que no era nadie, como le decían cada domingo las miradas por encima del hombro de todos y cada uno de los habitantes de Fort Worth cuando se dirigían a misa, reprochándole con su hosco silencio su fe distinta y extraña, incomprensible, como si su Dios fuera peor porque él y su madre no rezaban de la misma manera.

Sin embargo, ese día era miércoles y allí estaba, en el granero de su

madre, acariciando el pecho blanco y firme de Amy Donovan, riéndose entre dientes al pensar en el pescozón que la mujercita alemana le daría de saber lo que estaban haciendo. Pero pensar en su madre sería muy inapropiado, e incluso pecaminoso en ese momento, se dijo. Amy era la mujer más hermosa del mundo, a la que todos los demás chicos amaban, y ahora era suya.

Y había sido ella la que le había mirado y apuntado con su dedito cubierto con un guante de encaje y le había hecho un gesto para que la siguiera. Le había escogido, a él. Al extranjero del que todos se burlaban. A él, que apenas sabía hablar su idioma y tenía que controlarse cada día para no liarse a puñetazos con los demás muchachos por sus desplantes.

Aquello había sido hacía seis semanas, durante el baile de la cosecha.

Él estaba en una esquina, amargado y a punto de marcharse porque todas las chicas a las que se acercaba le rechazaban o le ignoraban como si no estuviera allí. Bastante le costaba pronunciar las palabras correctas, sin confundirse. La mayoría de las veces ellas no se quedaban para escucharlas, siquiera. Otras sí lo hacían, pero solo para reírse en su cara.

Entonces, Amy había surgido de la nada, después de haber pasado toda la noche bailando con Rory y Ryan Kavanagh, que se disputaban su cariño como perros rabiosos. Los dos hijos del mayor hacendado de la zona habían desaparecido con su padre hacía rato. A esas alturas, todos estaban tan borrachos que su padre, Oscar, prefería que sus cachorros no se mezclasen con la chusma. Para ese entonces, toda la gente de bien se había largado hacía tiempo. Sin embargo, Amy estaba allí, señalándole con aquella mano enguantada.

Ni siquiera sabía cómo había ocurrido. De pronto, Gereon balbuceaba, sin saber si hablaba en inglés o en alemán. Él también había bebido y estaba frustrado. A Amy no pareció importarle. Le ordenó que la siguiera, y él obedeció.

La primera vez fue todo tan rápido, que Gereon apenas fue consciente de lo que ocurría. Un aleteo de faldas, calor, humedad. Amy gimiendo mientras buscaba en su pantalón.

No era tan idiota como para no saber lo que venía, pero no estaba preparado. A ella no pareció importarle su torpeza. Le dio un beso y se despidió con una promesa.

El tiempo jamás había volado a tanta velocidad como desde que Amy le había acogido entre sus piernas en la parte trasera del salón de baile.

Desde entonces, ella le había buscado varias veces más.

No solían hablar mucho. Ella decía que hablar no era importante, que no había tiempo para ello. Gereon casi lo prefería. Era consciente de su estúpido acento, de que no sería capaz de expresar lo que sentía por ella y que se reiría de él si se lo decía con su limitado vocabulario. Así que asentía y se dejaba arrastrar. Ya habría tiempo cuando se casaran, cuando pudiera estudiar, cuando pudiera labrar la tierra y expandir el rancho.

Tenían todo el tiempo del mundo.

—Ya estás poniendo esa cara de bobo otra vez.

Amy siempre sonreía cuando decía aquellas cosas.

Su madre, con su austero carácter alemán, diría que una sonrisa no puede camuflar una puñalada, pero Gereon pensaba que las muchachas dulces y sumisas no estaban hechas para él ni para aquella tierra.

Trató de atraerla hacia sí, pero Amy se escabulló de entre sus brazos con agilidad.

—Quédate hoy —suplicó. Por experiencia sabía que las frases cortas eran lo mejor. No había problemas con palabras complicadas ni con expresiones confusas. Sí, frases cortas. Tampoco hacía falta más.

—¿No tienes nada que hacer hoy? Algo con las vacas o el estiércol. Los cercados. Seguro que tienes que hacer algo.

Amy no le miraba. Se pasaba una mano por el pelo en busca de pajas. No tenía un pelo hermoso como las chicas alemanas a las que había conocido en Colonia, pero su tez morena le excitaba. Estaba acostumbrado a las chicas pálidas y rubias de su tierra, a las pieles finas, casi transparentes. A su lado, Amy era como el caramelo, por mucho que se cubriera con chales y sombrillas para tratar de huir del sol. Su piel era atezada por naturaleza y jamás sería tan pálida como desearía.

—Para haberte criado aquí, no sabes nada de las labores de una granja.

Ella hizo un mohín, como si la hubiera insultado. Odiaba que la tratase como a una campesina. En eso, no había diferencia entre ella y otras chicas que se creían sofisticadas. Podía imaginarla en el salón de su casa, ajena a todo lo que había de puertas para afuera, como si estuviera en medio de una gran ciudad. De hecho, lo más probable era que odiara aquel lugar y que estuviera deseando escapar de allí a una ciudad grande y bulliciosa, donde no volviera a oler a mierda de vaca nunca más.

—Se hace tarde. Debo irme.

La había hecho enfadar y se encargó de que se diera cuenta de que así había sido. Se levantó y comenzó a recolocarse la ropa, evitando su mirada en

todo momento.

Le castigaba, haciéndole sufrir el frío de su indiferencia.

Gereon sabía que no debería reaccionar, que debería dejarla marchar con su berrinche de niña rica, pero era incapaz. En el fondo, él era tan niño como ella.

—Ven, dame el último beso —pensó, mirando la parte del cuello que dejaba a la vista el encaje, justo donde él la había besado antes, convencido de que jamás podría amar a nadie como a Amy Donovan.

Como si leyera sus pensamientos, ella se giró y se agachó otra vez. Su rostro todavía conservaba algún resto de los polvos con los que había intentado clarear su piel. Las motas hacían un efecto extraño sobre las mejillas, como si lo mancharan.

Gereon levantó una mano para limpiarlo y ella sonrió.

—Eres un bobo adorable —susurró, justo antes de rozarle con los labios.

Poco después, con el vestido abrochado de modo impecable, Amy Donovan se marchó sin volver la vista atrás.

En efecto, como Gereon había pedido, aquel fue su último beso. Lo pensaría al día siguiente, cuando estaba a punto de morir colgado del roble más alto de su propio rancho.

Su madre le despertó temprano aquella mañana, pero no más de lo habitual. En el rancho, lo normal era despertar antes que el sol.

—Muchos hombres quieren verte.

Gereon no lo entendió.

La mujer estaba seria y no había olor a café y gachas en la casa. Era extraño que no hubiera preparado el desayuno. Fueran quienes fueran esos hombres, ¿por qué no se habían presentado a una hora decente? A juzgar por la luz exterior, apenas había amanecido.

Interrogó a su madre con la mirada, pero ella permaneció en un silencio hosco. Desde que había muerto su marido en la caravana hacia el oeste, su madre se había endurecido y hablaba poco. Su mirada era seca y escurridiza, y le evitaba, como cuando de niño le robaba una moneda para caramelos. Conocía su pecado, pero no quería regañarle.

¿Acaso se había enterado de que él y Amy...

—¿Les ha preguntado qué quieren? ¿*Mutter*?

—Ponte tu mejor camisa, Gereon.

—¿Pero qué demonios...

—No maldigas, hijo. No ahora.

Un golpe en la puerta hizo sobresaltarse a su madre, que se alisó el mandil y le miró. Solo entonces se dio cuenta Gereon de que había estado llorando.

—Señora Meier, ya ha tenido tiempo suficiente para despedirse.

Gereon reconoció aquella voz sonora y agradable.

Oscar Kavanagh tenía una voz a la altura de su presencia imponente. Debía de medir casi dos metros y su cuerpo era fuerte y elegante. Apuesto, rico, y un ejemplo para todos los ciudadanos de Fort Worth.

También era el juez de la ciudad. O al menos ejercía como tal a todos los efectos.

Cuando su madre abrió la puerta, con la mano temblorosa, diez hombres



lo miraron desde el porche a la luz del amanecer.

Los Kavanagh, también los jóvenes Rory y Ryan, John Donovan, el padre de Amy, que escupió nada más ver a Gereon, Liam McQuade, el capataz de los Kavanagh, que le saludó con la cabeza antes de apartar la mirada. Al resto no los conocía, o no sabía su nombre. Permanecían un paso por detrás de los hombres más importantes de la ciudad, como si su presencia se limitase a ejercer el papel de testigos. Ellos, como su madre, evitaban su mirada. El sheriff no estaba allí. El sheriff nunca estaba cuando había asuntos de los Kavanagh de por medio.

Nadie hablaba. Jamás se había encontrado en un grupo tan numeroso sin que nadie emitiera un solo sonido. Solo los pájaros y las vacas, en el corral, hablaban en su propio idioma.

Diez hombres, y uno de ellos llevaba una soga en la mano.

No hubo acusaciones, gritos ni denuncias. Al parecer, todos conocían su crimen. Todos, menos él.

Solo Donovan parecía tener algo que reprocharle, a juzgar por su rictus amargo, pero los susurros que Kavanagh vertió en su oído bastaron para contenerle. Los demás se limitaban a mirarle en silencio, con los pulgares calzados en los cinturones o las manos apoyadas en las culatas de los revólveres, una pierna más adelantada que otra, como si aquello fuera una reunión social.

Mientras tanto, Liam McQuade preparaba el lazo. Sus manos, grandes y ágiles, que tanto había admirado, imaginando cómo sería ser tan hábil, tan eficiente, el mejor vaquero de todo Texas, trabajaban la soga como si se tratase de masilla.

Gereon lo miraba con fascinación. Aquella cuerda engrasada que pasaba una y otra vez, rodeándose a sí misma, parecía tener vida propia. Parecía mentira que fuera capaz de acabar con la vida de un hombre. Con su propia vida.

—¿Por qué?

No fue consciente de que había hablado en alemán hasta que vio las caras de desconcierto de los demás. Iba a reparar su error, pero no le dio tiempo. Alguien le atrapó por detrás. Uno de los hermanos Kavanagh, tal vez, no supo cuál de ellos.

—No debiste poner tus sucias manos en ella, perro.

Amy, pensó.

Oyó a su madre, gritando. Quiso decirle algo para calmarla, o gritarles

que la soltaran, pero comenzaron a arrastrarle hacia un lateral de la casa. Era absurdo, porque allí no había nada.

Su madre les hablaba en alemán, les decía que su niño no había hecho nada malo, que había sido aquella sucia zorra la que le había incitado.

Jezabel, decía sin parar. Y él no la comprendía. Los demás tampoco le hacían ningún caso. Solo parecía irritarles su presencia.

Gereon quería hacerla callar, decirle que Amy sería su esposa, pero no podía hablar, porque le tiraron al suelo y le ataron las manos por detrás.

—¡Diles la verdad, Gereon!

¿Qué verdad? ¿De qué hablaba su madre?

Aunque hubiera querido hablar del amor que sentía por Amy, de cómo le había escogido en aquel baile, no pudo hacerlo. Alguien le metió un sucio pañuelo con sabor a salitre en la boca que le provocó arcadas.

Su madre calló de pronto. No quería oírla gritar, pero su silencio le asustó más. Trató de girarse para verla. Solo vio un trozo de tela de su falda en el suelo, moviéndose con el viento. A su lado, uno de los hombres le tocó una pierna con la bota y dijo algo que no comprendió.

Veía su boca moverse, pero no comprendía nada de lo que decía. La sangre rugía en sus oídos como el agua de una cascada que había visitado cuando era niño. Ese perro estaba tocando a su madre con la punta de su bota.

Trató de rugir y estuvo a punto de ahogarse con el pañuelo.

Le tomaron por los hombros y le obligaron a levantarse.

Alguien le cogió la cabeza entre las manos y le obligó a mirar al frente.

—Gereon William Meier, ¿deseas pronunciar tus últimas palabras antes de reunirte con tu creador?

Trató de enfocar la cara de Oscar Kavanagh, pero no pudo. Por algún motivo estaba borrosa y le hablaba a algún tipo llamado William. Él no se llamaba William, sino Wilhelm. Quería ver a su madre. Quería matar al perro que había osado rozarla con su bota. Quería...

La cuerda, áspera y gruesa, se acomodó bajo su barbilla.

Liam McQuade, con sus ojos azules, tristes y bondadosos, ajustaba su mejor soga alrededor de su cuello con el mismo cuidado con el que lo hacía todo. Le vio abrir la boca, aunque pareció arrepentirse en el último minuto.

—Sube, muchacho. Cuanto antes, mejor.

Era una de las mejores sillas de su madre. Gereon jamás había puesto un pie calzado en ella. Sería un pecado hacerlo. Habían sido la única herencia de la abuela y había soñado con verlas en su propia casa un día. Había soñado,

así de ridículo era a veces, con ver a Amy sentada en ella, con un bebé en brazos, tal vez.

Le costó subir con las manos atadas a la espalda, pero al final lo consiguió, con la ayuda de McQuade.

Había visto ahorcamientos antes. Un empujón, un crujir de vértebras y...

Empezó a mascullar una oración rápida. Nunca había sido un buen católico. Había cometido miles de pecados en sus dieciocho años de vida, y había deseado cometer muchos más.

Sintió algo caliente que mojaba sus pantalones.

No le preocupó morir siendo un cobarde.

En el último momento, cuando notó que la silla se movía bajo sus pies, solo pensó en su madre, en que no se había despedido de ella, en que la había avergonzado. Y en Amy, en que no había llegado a decirle lo mucho que la quería.

El infierno traqueteaba y apestaba a humo de carbón gris y negro.

Su madre siempre decía que el infierno era un lugar caluroso, donde las almas chillaban de dolor y diablos de cola puntiaguda te clavaban tridentes en las costillas.

Gereon había pecado y, sin duda, estaba en el infierno.

Oía los gritos, el calor, y sentía los tridentes puntiagudos en la piel y en los huesos. El cuello le dolía tanto que temía que la cabeza se le fuera a desprender de un momento a otro si se movía. Las muñecas también ardían como si estuvieran en carne viva.

Sin embargo... podía moverse.

Y juraría que alguien le estaba tocando en ese momento.

—Señor William... ¿Está usted vivo, señor William?

La voz, grave y dulce, hizo que Gereon diera un respingo y abriera los ojos.

Muy cerca, un rostro indudablemente mexicano le observaba como si estuviera a punto de partir de ese mundo. Una sonrisa rápida de dientes blancos le dio la bienvenida de vuelta a la tierra de los vivos.

—Soy Miguel Santos, señor William. Me encargaron su cuidado, señor, y por Diosito que lo he hecho bien. ¿Verdad que sí, señor William?

Gereon entendía más o menos la mitad de lo que decía. Su acento era tan cerrado que le costaba comprender sus palabras.

—Lo ha hecho usted bien, Miguel Santos —quiso decir, aunque no pudo. Había perdido la voz. Abrió la boca, intentó hablar, pero su garganta se negó a emitir ningún sonido.

Miguel Santos emitió un gruñido y le acercó una cantimplora. Le sujetó la cabeza para que pudiera beber.

De pronto se dio cuenta de por qué olía de aquella manera. Se encontraban en un tren. El traqueteo era un poco mareante e incómodo. Al otro lado del cristal, el paisaje se movía a una velocidad pasmosa. Era todo tan

desconcertante, que por un segundo se preguntó si, después de todo, aquello no sería el infierno. Por desgracia, aunque quisiera, no podía preguntar cómo ni por qué estaba allí en lugar de enterrado a los pies del roble bajo el que le habían ahorcado.

Bebió con esfuerzo, aguantando las lágrimas.

Se llevó una mano al cuello, pero Miguel se lo impidió.

—No toque eso, señor William. Un día curará, pero ahora es mejor dejarlo tranquilo. Tenemos las medicinas, pero solo el tiempo dirá cuánto tardará en recuperarse. Descanse, señor William, es un viaje largo hasta San Francisco.

San Francisco. California.

Gereon no hizo preguntas. No las haría aunque pudiera hablar. Estaba agotado y un poco asustado. Antes de darse cuenta, había cerrado los ojos y se había vuelto a dormir.



Tardaría meses en enterarse de cómo había llegado a aquel tren. Al menos en parte.

Miguel Santos no era el tipo de hombre que contaba los secretos que había jurado proteger. Una clase extraña de hombre. Gereon también era una clase extraña de hombre, jamás trató de violar su secreto.

Gereon no dudaría en jurar que Miguel le había salvado la vida. Y en total, le debía la vida a dos personas, contando al hombre que había impedido que le colgaran aquella mañana.

Un día empezó a hablar acerca de lo que había ocurrido. Estaban trabajando en una taberna, sacando a los borrachos que formaban trifulcas.

Miguel solo le dijo que un hombre blanco había aparecido con un muchacho casi muerto a la puerta de su cabaña, y que le había ofrecido muchos dólares si se lo llevaba de allí, muy lejos.

—Tenía una carreta con mantas y provisiones, y usted estaba allí tumbado, muy quieto, casi difunto. Me dijo que tomase todo y luego me fuera lejos, que no quería saber a dónde íbamos, pero que no volviéramos.

Miguel había bebido la noche anterior y todavía estaba un poco borracho. El trabajo en la taberna no era el ideal para él, pero era lo único que habían encontrado.

—Lo reconozco, señor William, pensé que aquel hombre había cometido una fechoría y quería cargarme el muertito. Y fíjese, que estuve a punto de decirle que no. —Se santiguó y lanzó una mirada lastimosa al cielo que hizo que Gereon sonriera. Meses después, ya asentados en San Francisco, todavía no había conseguido que le llamase por su nombre. Miguel decía que se había acostumbrado—. Pero Diosito tenía otros planes para nosotros. Sí, señor. Quería darnos oro.

Gereon no tenía tan clara esa última parte. Llevaban meses en San Francisco y todavía no habían encontrado un yacimiento que les convenciera. El alemán quería hacerle entender que la época de las grandes vetas había pasado, pero Miguel era incapaz de entrar en razón. Mientras tanto, trabajaban como peones en unas caballerizas, esperando a que la buena suerte les encontrase.

Ese día no le dijo más. Supo algunas cosas más con el tiempo, pero no mucho más. A veces pensaba que no había más que saber. En general, Miguel hablaba poco, y cuando lo hacía, parecía paladear las palabras, como si sentenciase con cada frase.

—Fíjese, señor William, que mi madrecita siempre decía que todos los santos son rubios con los ojos azules. ¿Qué pensaría si le viera a usted paleando mierda de caballo?

Gereon rio y le lanzó una boñiga que Miguel esquivó con agilidad. A pesar de que siempre hablaba como si rondara los cien años, debía de tener pocos más que él mismo.

—Tu madrecita pensaría que los santos huelen a establo —respondió con voz ronca.

Aunque había recuperado poco a poco su voz, Gereon sabía que sus cuerdas vocales habían quedado dañadas por culpa de la soga. Cuando se colocaba un pañuelo al cuello, las marcas quedaban ocultas, pero él sabría siempre que estaban ahí, imborrables, como las de su memoria, como la imagen del repulgo de la falda de su madre flotando en el aire, inerte.

Gereon tardó meses en preguntar. Pronunciar las palabras era hacerlo real, supuso. De algún modo, en su cabeza, su madre seguiría viva hasta que alguien le dijera lo contrario.

—¿Te dijo ese hombre algo de mi madre?

Miguel se encogió de hombros. Había tomado algunas cervezas de más y en sus ojos el iris se confundía ya con las pupilas. Cuando aquello sucedía, Miguel se convertía en un hombre extraño, melancólico y hasta violento.

Cuando bebía, olvidaba que estaba con él y le hablaba de gente a la que no conocía, y de lugares que extrañaba. Lugares y gentes a las que volvería de no ser por él. Su nuevo trabajo, en un establo, le hacía sentirse más desgraciado de lo habitual. Gereon pensaba que Miguel merecía algo mejor que aquello, pero dudaba que el mexicano pudiera mantener otro puesto más exigente que aquel.

—El blanco me dio el dinero y me dijo que tenía que venir contigo y no volver —balbuceó con amargura.

Solo le tuteaba cuando estaba borracho, como si la distancia entre ellos se borrara.

A Gereon le gustaría que Miguel confiase en él. Sentía que había cosas que no le contaba. Que, bajo aquella apariencia divertida y hasta servil, le ocultaba algo, pero no podía presionarle.

—¿Te gustaría volver?

Miguel volvió a beber y no respondió. Solo tarde, mucho más tarde, respondió, como si no hubieran pasado más que unos segundos desde que había hecho la pregunta.

—A ninguno de los dos nos espera nada en Texas, chico. Será mejor que olvides.

## Olvidar.

Miguel hablaba de olvidar mientras se aferraba cada noche a una botella y se iba volviendo más hosco. A veces desaparecía durante un par de días y volvía, arrastrando las botas y la chaqueta, evitando su mirada, apestando a alcohol barato y sin una sola moneda en el bolsillo.

En dos años habían cambiado tantas veces de alojamiento y de empleo, que Gereon tenía la sensación de que todo el suelo de San Francisco había sido su colchón. Un colchón lleno de desigualdades y pequeñas montañas, que les dejaba la espalda y los sueños destrozados, como a muchos antes que a ellos.

Dos años allí, y solo habían conseguido ser más pobres que al llegar.

Le habían dicho que hacía poco más de veinte años, con la fiebre del oro del 49, los barcos llegaban de casi todos los rincones del mundo y la tripulación al comprelo los dejaban allí abandonados, en el puerto, y que sobre sus palos podridos había nacido la ciudad. Era muy posible que así fuera. Solo de unos cimientos podridos podía nacer una ciudad así.

¿Cuántos desgraciados como ellos habían llegado y se habían arruinado, sin haber llegado ni a rozar los yacimientos? Para llegar hasta allí, hacía falta dinero y suerte. Y era evidente que ninguno de los dos tenía nada de eso.

—He pensado que podríamos buscar suerte en Nuevo México —dijo Gereon una mañana—. Seguro que hay trabajo para gente con experiencia con el ganado como nosotros.

La mirada de Miguel pareció despierta por primera vez en mucho tiempo.

—Ni hablar, señor William. Alguien podría reconocerle, y yo prometí que evitaría cualquier lugar donde eso pudiera ocurrir.

Gereon miró sus ojos enrojecidos y sintió que la gratitud que le debía flaqueaba por primera vez.

—Es posible que tú hayas prometido eso, pero yo no lo he hecho. Si quiero, puedo...



Las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta cuando Miguel le apretó el pañuelo con el que tapaba las marcas de la soga.

—Tal vez hayas olvidado lo que te espera si regresas a casa, muchacho estúpido, pero yo prometí que no te dejaría regresar —masculló el mexicano, salpicándole el rostro de saliva—. Mientras no seas capaz de caminar solo, estaré aquí para recordártelo. Y ahora, señor William, espabile, o no llegaremos a tiempo. Las calles no se asfaltan solas. No, señor.



Como el viento que rozaba los mástiles del puerto, como las risas de las muchachas que le miraban al pasar a su lado, los meses fueron cayendo, uno tras otro, casi sin que se diera cuenta.

Un día, cuando pasaba ante el escaparate de una elegante tienda, Gereon supo que había cumplido veintidós años, y que llevaba cuatro años en aquella ciudad.

Según el cartel de la feria que decoraba la cristalera, ya estaban en 1878. Hacía tiempo que ya casi no soñaba con la que había sido su casa, o no se atrevía a reconocerlo. Su acento alemán apenas se notaba, y menos aún con la ronquera que le había dejado de recuerdo la soga. Como Miguel decía, ya podía dejarse una barba digna de llamarse así. Era todavía rubia y suave, tal vez siempre lo sería, pero le agradaba su tacto. El pelo, claro, largo y lacio, escandalizaría a su madre, pero le resultaba más cómodo y barato recogerse lo que buscar un barbero cada semana. Miguel decía que se lo cuidaba como una mujer, incluso más que una mujer.

—Un poco de limpieza no te vendría mal a ti, zopenco. Con el viento a favor, los bisontes te olerían a kilómetros.

—¿Bisontes, señor William?

El mexicano comenzó a reír de un modo que a Gereon le pareció desproporcionado. ¿De verdad era tan gracioso lo que había dicho? De pronto vio que trastabillaba y notó que estaba borracho y lo comprendió.

Miguel reía poco en aquellos días. Pasaba más tiempo fuera que nunca. Algunos días ni siquiera aparecía al trabajo, al punto que habían amenazado con despedirle. No hablaba de sus sueños absurdos acerca de minas fantásticas ni de explotaciones abandonadas con yacimientos sin descubrir. Era como si se hubiera topado de golpe con la realidad y se hubiera dejado

caer.

Aunque no tenían ningún tipo de experiencia previa, los habían contratado en la construcción de un hotel, uno de tantos que crecían como malas hierbas por todas partes. Habían aceptado porque, además de una paga decente, daban alojamiento y comida, algo que necesitaban con urgencia. Los últimos tiempos habían sido malos. De algún modo, el dinero parecía desaparecer casi antes de que lo hubieran acariciado con las puntas de los dedos. Necesitaban un trabajo decente o tendrían que largarse de verdad, dijera lo que dijera Miguel.

Además, el mexicano iba de mal en peor. Borracho día y noche, había perdido el interés en el trabajo y en la vida.

A veces, se avergonzaba al pensar que sería mejor separarse. Luego se arrepentía de habérselo planteado siquiera. Miguel le había salvado la vida y le había cuidado como lo habría hecho su madre, y él quería abandonarle a la mínima molestia. Era un desgraciado hijo de coyote.

—¿Dónde está tu amigo mexicano hoy, Meier? ¿Le dijiste que le echaríamos si no se presentaba?

El capataz de la obra, un irlandés con malas pulgas, escupió justo delante de su bota, como para marcar su territorio. Gereon, como la mayoría de los obreros, era extranjero. Aunque al menos a él le hablaba con cierto respeto, por su piel blanca, supuso.

Gereon se sintió enrojecer. Como Miguel siempre decía, cogerle en una mentira era tan sencillo como mirar un libro abierto.

—Vendrá, señor McCoy.

McCoy volvió a escupir, esta vez a un costado y le miró con los ojillos azules entrecerrados. Despedía una mezcla de olor a sucio y a whisky barato. Sus botas recias se agarraban a la madera mucho mejor que las de sus trabajadores, que vestían con harapos. Algunos de ellos iban descalzos y se aseguraban con cuerdas hechas con trapos. Era un milagro que no hubiese más accidentes en aquel lugar.

—Por mí, puedes decirle que no vuelva. Ya estoy harto de él y de su impertinencia. Hay miles de sucios negros como él a la vuelta de la esquina esperando un trabajo, y seguro que están encantados de que los contrate. Y antes de que intentes defender a tu estúpido amigo, piensa si tú también quieres acabar de patitas en la calle.

Gereon calló. Por mucho que le molestase estar bajo la bota de aquel cretino, necesitaban el dinero y un techo. Apretó los dientes y soportó las

miradas divertidas o solidarias del resto de los trabajadores. Se preguntó cuántos de ellos habrían bajado la testuz como él y cuántos se habrían largado tras partirle la cara a ese idiota.

Necesitaba la paga, se dijo. Los dos la necesitaban.

Lo bueno, quizá lo único bueno, era que pagaban al día. Quizá porque se iban tantos trabajadores que habían optado por hacerlo de aquella forma. Si se fuera al día siguiente, al menos tendría ese salario.

San Francisco era una ciudad húmeda. El calor era muy distinto en Texas, seco y polvoriento. Y en Alemania... apenas si recordaba el sol allí. Colonia era una ciudad de edificios de piedra y caras serias, trajes de tela oscura y de iglesias con olor a cera derretida. Los pocos recuerdos que tenía de su tierra natal eran de su madre, de tarta de manzana y el aroma lejano de la pipa de su padre. No podía evitar que los recuerdos que podía esquivar de forma inconsciente durante el sueño volvieran con el calor y la fatiga del trabajo. Aunque intentase espantarlos como a las moscas, volvían una y otra vez.

Amy sobre la paja. El cuerpo de su padre, envuelto en su mejor traje, enterrado en un camino polvoriento en el camino hacia Texas, en una tumba cubierta con las pocas piedras que habían encontrado. Las oraciones de su madre al pie de la cruz que señalaba su nombre para que las alimañas no se comieran sus restos. Los ojos de su madre evitándole la última mañana en que la vio.

Sin duda, prefería dormir. Al dormir no era consciente de todo lo que quería olvidar.

El día fue eterno, con la humedad pegajosa cayendo sobre ellos durante toda la jornada. El niño que les llevaba agua estuvo pasando a cada rato para que pudieran refrescarse. Trepaba como un gatito por entre las vigas desnudas, evitando por poco los clavos salientes con sus pies descalzos, saltando con agilidad, como si no le tuviera miedo a la muerte. Y tal vez así fuera. En aquella ciudad nadie parecía temer a nada. Y por eso él la sentía tan ajena.

El barracón donde dormían con otros treinta hombres era como un horno a última hora de la tarde, pero era el lugar donde había algo que comer y, sobre todo, un camastro en el que tenderse. Cuando se acercó al lugar donde estaban sus cosas, vio que el que había ocupado Miguel hasta el día anterior ya tenía un nuevo dueño. McCoy no hacía amenazas huecas.

Cogió su petate y el de Miguel y volvió a salir.

La luz reverberaba contra la piedra clara de los edificios más nuevos y le hacía guiñar los ojos. Apenas veía por dónde iba. Estaba tan agotado que

podría dejarse caer en cualquier sitio y no le importaría lo que le pasara.

Sintió que alguien le tiraba de la manga y se giró, dispuesto a golpear a quien fuera. Ya le habían robado antes y no quería tener que perder todo lo que tenía otra vez.

—Tú eres el ángel.

El niño del agua le miró y repitió las palabras en español.

A esas alturas había aprendido lo suficiente de aquel idioma como para comprenderlo. En broma, Miguel le llamaba así a veces. Un ángel caído, un ángel con las alas rotas.

Ni siquiera había notado que el niño era mexicano. Solo se había fijado en sus pies de gato, en su agilidad. No recordaba haberle dado jamás las gracias cuando le había servido agua.

—Ven conmigo, ángel.

El niño insistía. Su mano, de piel oscura, sucia, tiraba de su manga una y otra vez.

Gereon sentía que la luz bailaba ante sus ojos, que las voces sonaban lejanas, apagadas. Necesitaba descansar y comer, no seguir a un chiquillo vagabundo a un callejón.

Rebuscó en un bolsillo hasta que encontró una moneda.

El niño la miró con desprecio, aunque le soltó. Apretó los labios y abrió la boca para mostrar una dentadura llena de muescas.

—Miguel... muerto —dijo, en un inglés burdo.

Gereon lo vio señalar un punto indefinido hacia la derecha. Un rayo de luz se posó en su dedo índice. Alrededor de ese punto, todo era oscuridad y silencio.

Habían dejado su cuerpo desmadejado a la puerta de una taberna. Al otro lado, el jolgorio seguía, aunque a Gereon le dio igual.

Tenía la pechera manchada de vómito y todavía respiraba, pero su mirada parecía ver más allá. A ratos su respiración no era más que un ronquido, y a ratos ni siquiera era capaz de llenar los pulmones. Lo había visto antes borracho, pero no hasta ese punto.

Miguel no había muerto, como había dicho el chico, pero le faltaba poco.

Gereon no recordaría después cómo habían llegado hasta allí ni si había estado con Miguel antes en ese antro. Le había acompañado en algunas ocasiones en sus devaneos, pero no le gustaba beber ni gastar lo poco que ganaban en partidas de faro ni con mujeres. Quería ahorrar y buscar un futuro. Miguel creía que no había futuro más allá del día que vivían. Ya no.

Y tenía razón. Ya no había futuro para él.

No parecía estar herido, al menos su cuerpo no lo parecía. Su corazón, en cambio, Gereon lo sabía bien, llevaba roto mucho tiempo. Tal vez ya lo estaba cuando le había conocido. ¿Quién con un corazón intacto lo habría dejado todo para acompañar a un mocosito, dejándolo todo atrás?

Se agachó junto a su amigo y le tomó una mano. Creyó imaginar que le apretaba una mano, aunque lo más probable que fuera eso, su imaginación, porque Miguel solo se movió para toser, para vomitar, para expirar.

No se dio cuenta de que el niño todavía seguía a su lado hasta que le sintió rebuscando entre sus ropas.

Habían pasado horas desde que había llegado allí. Era de noche, aunque no había refrescado en absoluto.

Apeataba, y no solo a vómito y alcohol. La mano de Miguel ya estaba rígida contra la suya.

Miguel, ahora sí, estaba muerto.

—Dame moneda, ángel.

El niño se la merecía. De no ser por él, su amigo habría muerto solo, allí

tirado, como un perro. Al menos le debía aquello.

Rebuscó en el bolsillo y le tendió media águila, que el niño miró con los ojos enormes antes arrebatarla de la mano y largarse con su agilidad gatuna por si se arrepentía. Era una fortuna, una cantidad ridícula. El salario de varios días. Y aún y todo, creía que se lo merecía.

Debería moverse, pensó. Debería llevárselo de allí. Debería...

No podía levantarse. Las piernas le fallaron cuando intentó ponerse en pie. Todo el agotamiento de días, semanas y años, pareció caer sobre Gereon de pronto, como una enorme losa de granito.

¿Qué iba a hacer solo? ¿Cómo iba a levantarse, vivir, soñar sin Miguel? ¿Cómo iba a seguir adelante sabiendo que no había podido devolverle todo lo que había hecho por él?

Era consciente de que, de vez en cuando, había gente que se paraba junto a ellos y los miraba con curiosidad. Algunos notaban que Miguel estaba muerto y murmuraban, pero nadie se ofreció a llamar a las autoridades ni a ayudarlo. Era mejor así. Era él quien debía ayudar a su amigo.

Al final, casi al amanecer, logró levantarse. El cadáver, ya rígido, presentaba un aspecto terrible, pero Gereon se obligó a mirarlo.

Miguel había sido su amigo, su hermano. Tal vez había sido la persona a la que más había querido, aparte de sus padres. Miguel lo había sacrificado todo por él, y él no le había dado nada. Nada.

Con esfuerzo, se lo cargó al hombro y se dirigió al barracón de los trabajadores de McCoy. Oficialmente al menos, todavía tenía derecho a estar allí. A esa hora, los obreros ya estarían en la obra, así que no debería haber nadie. Podría lavar a su amigo y pensar. Sobre todo, pensar.

El vigilante de la puerta los miró con curiosidad, pero no dijo nada. Tal vez estaba más que acostumbrado a ese tipo de escenas. Lo más importante era que no le impidió el paso.

Una vez dentro, dejó a Miguel con cuidado en su camastro. Le desnudó, sorprendido de la delgadez de su cuerpo, de las marcas en las que jamás se había fijado. ¿De dónde venían aquellas cicatrices? Dejó la ropa sucia a un lado y lo vistió con su mejor ropa. Le quedaba grande, pero al menos tenía un aspecto digno.

Cuando iba a tirar la ropa de Miguel, un paquete se cayó de uno de los bolsillos. Recordaba haberlo visto antes, pero nunca le había preguntado por él. Cada uno tenía sus secretos y era dueño de sus recuerdos. Siempre había pensado que era algo perteneciente a su pasado y que debía respetarlo. Miguel

lo iba cambiando de un traje a otro, según la ropa se iba quedando inservible. A veces lo sacaba y lo miraba un rato antes de guardarlo. Gereon no preguntaba nada, solo miraba, aunque a veces se quedara con las ganas.

Estuvo a punto de meterlo en uno de sus bolsillos. Lo justo era que se enterrase con él.

Sin embargo...

¿Y si Miguel tenía una familia, una mujer? Le debía el encontrarles para decirles lo que había sido de él, lo mucho que le había ayudado.

¿Y si en ese paquete había algo que pudiera darle una pista acerca de...

Gereon apretó los dientes.

Durante años se había engañado diciendo que había pasado página. Fuera quien fuera el hombre que le había salvado, le debía la vida, pero no sentía interés en conocer ni su identidad ni sus motivos. Jamás pensaba en ello... de modo consciente.

Tampoco en los motivos de los Kavanagh para intentar matarle.

Sus dedos tantearon el paquete, envuelto en papel marrón, sucio y desgastado por los años y el trasiego. Fuera lo que fuera que guardaba, era duro. O... tal vez... ¿había más de un objeto?

Sus manos actuaron por su cuenta, sin que su conciencia pudiera detenerlas. Sacó una pequeña navaja del cinturón y desgarró una esquina del paquete.

Algo cayó encima del camastro con un ruido seco, justo al lado de la mano de Miguel.

Gereon lo tomó y la acercó a una de las lámparas. Era una bala de plata, tan perfecta que parecía que la acababan de fabricar en ese mismo instante.

Al agitar el paquete, vio que no había una sola. En total, había cinco. Y también una nota que comenzaba de la siguiente manera:

*Yo también amé a Amy Donovan*

La firmaba Liam McQuade.

Arabella Kelly contó las gotas con mucho cuidado.

La botellita, mirada al trasluz, parecía vacía, pero todavía quedaba suficiente para esa noche y, apurando, para el día siguiente.

—¿Me has preparado la medicina, Belle, *ma chère*? No quiero que la maldita tos me fastidie otra noche en la mesa de faro.

—Estará lista en un segundo.

El láudano no tenía un sabor desagradable. Algunos farmacéuticos incluso añadían miel a la mezcla, como si a alguien le importase la amargura de una medicina que lo curaba prácticamente todo. Además, el vino blanco hacía que el ligero resto de amargor pasara casi desapercibido.

Miró por encima de su hombro, pero André seguía atento a las mangas de su chaqueta, donde guardaba las cartas que iba sacando durante las partidas en caso necesario. No eran trampas, decía, eran ayudas de Dios a los más necesitados. Y ellos lo eran a veces.

Mezcló la tintura de opio con vino en el fondo de una copa y la bebió con rapidez, evitando su propia mirada en el espejo. Lamió una gota que había quedado en la comisura del labio. Luego repitió el mismo proceso. La mano le tembló al comprobar que, después de todo, tal vez no fuera suficiente. Por suerte, André no lo necesitaba como ella. Él solo estaba nervioso y ella ya comenzaba a sentir que las paredes comenzaban a replegarse sobre sí, a palpar. Alguien le había clavado un puñal en el ojo izquierdo y la punta iba a salirle por la nuca, estaba convencida de ello.

—¿Todavía no te has vestido? Ya sabes que no puedo salir sin mi Belle de la suerte.

Su Belle de la suerte.

Lo había sido desde que la había ganado, como si de un reloj se tratase, en Natchez, hacía algo más de un año.

Y no había sido un mal año, si debía ser sincera consigo misma.

Había tenido buenos vestidos y había comido caliente casi todos los días,



algo que no había ocurrido durante la mayor parte de sus veinticinco años de vida. O quizá fueran más.

André no era un mal hombre, pero era del tipo que no sabía que la suerte se le escapaba de entre las manos. O, más bien, de los pulmones. Arabella había visto las gotas de sangre en su pañuelo. Antes o después moriría en una mesa de faro o con los pulmones encharcados. Y, lo más probable era que para entonces ella ya no fuera su Belle de la suerte.

Quiso decirle que no quería ir, que la música estridente y el tener que sonreír a desconocidos mientras les restregaba los pechos medio desnudos para desconcentrarles y miraba sus cartas la mataría, pero no podía hacerlo. Al fin y al cabo, él era su dueño. Se lo demostraba pocas veces, pero era muy capaz de hacerlo.

Intentó sonreír, y debió de hacerlo de un modo convincente, porque él se señaló el lazo del cuello y le hizo un gesto para que le ayudara a anudarlo.

—Tengo la sensación de que esta noche va a ser la definitiva.

Belle sentía la mandíbula rígida por el dolor. El estómago estaba a punto de darle un vuelco, pero asintió igual.

—Seguro que sí, querido.

El olor dulzón del láudano le provocó náuseas cuando le tendió la copa, que él tomó muy poco a poco, entre toses.

¿Sabía que se moría?

—No me mires así, *petite*. No será hoy.

Arabella pensó en su padre, en la última vez que le había visto, a los pies de una mesa de faro. Antes de salir de casa, le había dicho algo semejante. Sentía la suerte en las venas, la sentía. No sería esa noche la de la mala suerte, no. Horas más tarde, la señalaba con una mano temblorosa, aunque sin vacilar ni un instante. Otro hombre la tomó de la mano y la arrastró a un cuartucho que apestaba a orines.

Aquella noche se había prometido a sí misma que jamás amaría a un jugador, que jamás confiaría en uno. Y, desde luego, había cumplido con creces su promesa.



—No, *monsieur*, su hotel no me interesa para nada. ¡Bien podría ser una ruina en mitad del desierto! El sonido del dinero contante y sonante siempre

me ha parecido de un atractivo insuperable.

El jugador había perdido hasta la camisa, como a André le había pasado decenas de veces. Sudaba. Sus ojos buscaban una salida, pero las miradas de los demás le rehuían. Se reconocían en él. Todos habían pasado por esa situación, o temían pasar por ella.

André no tenía compasión, como otros no la habían tenido con él antes. Quería dinero. Algo palpable. U oro, joyas.

—Le aseguro que es un local rentable, en la mejor calle de Fort Worth. Puedo jurárselo por mi madre.

Los ojos azules de André se entrecerraron. Él mismo había jurado por su madre muchas veces y siempre había mentido. Sin embargo, Arabella le vio relajarse contra la silla. Cuando se sabía vencedor, su actitud cambiaba, una cierta crueldad afloraba a la superficie. Era como una araña a la que le gustaba jugar con la mosca que había caído en su red.

Belle no sabía si había hecho trampas aquella noche. El dolor de cabeza no había desaparecido del todo y se había sentido un poco mareada por culpa del láudano. Intentaba mantenerse concentrada en la partida, pero era incapaz de contar las cartas y de seguir las conversaciones. Sudaba y sentía que le flojeaban las piernas.

André no pareció notar nada. No la había mirado en toda la noche. Cuando no necesitaba ayuda, era como si no notara su presencia. En otras ocasiones, le hacía gestos. Parecía decirle que se inclinase sobre aquel, que jugueteara con el otro, que sedujese a aquel...

Pero no ese día.

Aquella había sido su noche, después de todo. Había ganado mucho dinero y un hotel, aunque ahora intentaba que el dueño le pagase en oro.

—Si me diera usted tiempo... Puedo conseguir un préstamo —trataba de regatear el perdedor.

André sonrió, con un encanto que pareció tranquilizar al otro hombre.

—No —dijo cortante—. Quizá un cambio de aires nos venga bien, después de todo. Espero que me traiga usted las escrituras de su local mañana mismo. Le esperaré durante todo el día. No tengo prisa, no me gusta madrugar.

Cuando se levantó de la mesa, Belle solo suspiró. Podría acostarse, dormir. Descansar, al fin.

André se detuvo junto a ella y sonrió.

—Te dije que era mi noche, palomita. ¿Te apetece celebrarlo?

Arabella forzó una sonrisa y asintió, mientras le tendía una mano.

—Claro. Celebremos tu buena suerte y el cambio de aires.

—Firme ahí y será suyo.

El abogado parecía tener prisa y no disimulaba su impaciencia. André, sin embargo, no tenía ninguna intención de apresurarse.

La suerte, la buena suerte, era una de esas cosas extrañas que había que saborear. Desde que había salido de Savannah, con apenas unos centavos en el bolsillo, a los quince años, no había sentido que la suerte le sonriera tan de cara como en ese instante.

John Perkins sudaba, aunque dudaba que se debiera a la humedad y el calor.

Conocía bien todas las ideas que se paseaban por la cabeza de aquel pobre diablo. Ira, odio, bochorno. Reconocía que no esperaba que se presentase. Él no lo habría hecho. Pero la fortuna estaba de su lado desde que había ganado a Belle de las manos de aquel yanqui presuntuoso en una asquerosa taberna en Nuevo México. Una pequeña trampa del destino, un as guardado en la manga, y toda la suerte había pasado de aquel estúpido a él. Y lo mejor era que el muy idiota ni siquiera era consciente de lo que había perdido.

Porque Belle tal vez no era la más bella ni educada de las mujeres, ni la mejor de las amantes que había tenido, pero había algo en ella que le hacía sentirse mejor y más poderoso. A su lado no sentía miedo. Había sabido por el yanqui que tenía sangre india y que su madre era bruja. El tipo lo había dicho con desprecio, como si aquello la convirtiera en basura, solo apta para utilizarla y tirarla después. Para él, en cambio, la hacía más valiosa. La suerte corría por sus venas, por mucho que ella renegara de su propia sangre.

Perkins tomó la pluma. Su mano temblaba tanto que lo salpicó todo con tinta negra. El abogado hizo un gesto de desagrado, pero no pareció importarle demasiado que las manchas tapasen algunas de las palabras. A André tampoco le importaba, siempre y cuando el documento siguiera siendo válido.

Firmó, y un sentimiento casi de deseo aleteó en el estómago de André.

—Su turno —dijo el abogado con impaciencia, tendiéndole la pluma manchada a él.

André la miró con desagrado. La envolvió en su pañuelo antes de tomarla. Pese a todo, sintió que la tinta le manchaba los dedos.

Dolió, pero menos de lo que jamás habría pensado.

Miró con curiosidad a Perkins, que sostenía una pistola de un tamaño ridículo y lo miraba, horrorizado, como si le sorprendiera que todavía permaneciera sentado.

El abogado chilló y se levantó, con el maletín de cuero frente a sí, como si de ese modo pudiera evitar la muerte.

André miró el papel, manchado ahora también con su sangre. Las letras se fueron borrando ante sus ojos. Durante unos segundos, justo hasta que la suerte le había dado la espalda y le había abandonado por otro, había sido el dueño de un lugar llamado El abrevadero de John.



—¿Es usted la esposa del señor André DuPont?

Arabella Kelly jamás había sido la esposa de nadie. Había sido la mujercita, la chica y la puta de varios hombres, pero nunca, ninguno de ellos, había querido hacerla su esposa. Y lo cierto era que nunca se había planteado que no tuviera que ser así. Ella era una mujerzuela, y así debía ser, suponía.

Sin embargo, el día en que un hombre, sudoroso, con los anteojos colocados sobre la punta de la nariz de modo precario, y el traje arrugado, tocó a la puerta de su habitación, respondió sin vacilar que sí, que era la esposa de André DuPont.

Él había salido temprano tras recibir una nota del hombre de la partida de la noche anterior.

—Somos ricos, *petite*. Olvídate de esos harapos que has llevado hasta hoy, porque luego te llevaré de compras. Te compraré bonitos vestidos que puedas lucir en ese hotel de Fort Worth.

La había besado antes de irse. André, que nunca solía besarla. Ella había sonreído ante su emoción y le había despedido. No era habitual que pudiera disfrutar de tiempo para ella sola. Se acostó otra vez y se quedó dormida.

La despertaron los golpes en la puerta.

—Lamento decirle que es viuda, señora. Mis más sentidas condolencias.

Aquel tipo no parecía sentirse triste, solo preocupado.

Belle se preguntó cómo actuaría si fuera viuda de verdad. En el caso de amar a André, de haberle escogido como esposo. Y entonces pensó que se había quedado sola y en que no poseía nada propio y las piernas parecieron convertirse en melaza.

—El asesino de su marido ya está a buen recaudo, señora. Se hará justicia, se lo aseguro. Había muchos testigos y le juro que...

Hablaba y hablaba, y ella no comprendía ni una sola palabra.

André había muerto. Le habían matado. Y ella solo sabía que no tenía nada. Ni un centavo.

—Por suerte, la escritura ya estaba firmada. En cuanto la lleve al registro de la propiedad, el local será suyo, como esposa del señor DuPont. Bueno, como su viuda... Entiendo que está usted muy afectada en estos momentos como para comprender lo que digo, pero es posible que tenga que firmar usted algunos documentos...

Belle parpadeó. Durante toda su vida había hecho muchas cosas y pocas buenas. Si había algo que le faltaba por hacer, era estafar. Y, tal vez, matar.

Levantó la barbilla y asintió, procurando parecer afligida.

—Espero contar con su ayuda en estos duros momentos, señor...

—Smith. Abogado Jeremiah Smith. Será un placer para mí ayudarla, señora DuPont.

Arabella sonrió, aunque recordó a punto que era viuda, y bajó la mirada con fingido pesar. Había sido su puta y ahora sería su viuda. Quizás, después de todo, André tenía razón cuando hablaba de la suerte. Llegaba en el momento más inesperado y había que saber agarrarla.

Mientras esperaba en la estación la llegada del tren, Arabella miraba a su alrededor, esperando a que alguien la señalara y le gritara que era una impostora.

Durante una semana había esperado que alguien se presentara en el hotel, diciendo que no era quien decía ser, que no era más que una ramera, que se quitara el vestido negro y el anillo de su madre.

Incluso en el entierro de André, había esperado que él se levantara y la acusara con su boca muerta. Debía de estar retorciéndose en el infierno al saber que se estaba haciendo pasar por su esposa. Ella, una mestiza a la que había ganado en una partida con cartas marcadas.

Ser una mujer normal era difícil. Había conocido a pocas que no fueran zorras o criadas. O ambas cosas.

No sabía cómo hablaban, cómo se movían, cómo sonreían las demás mujeres. Las mujeres corrientes y decentes.

Cuando caminaba por la calle, solía evitar sus miradas despectivas. Ahora las observaba con disimulo, tratando de captar sus gestos, sus peinados, su forma de moverse, de vestirse.

Tuvo que comprar ropa. Su ropa, chillona, cosida en telas baratas, no era lo más apropiado, dado su estado. Lo más complicado fue no tener que medir la cantidad de carne que enseñaba. Ahora era viuda. No debía enseñar nada. Y los colores brillantes que hasta ese momento había usado como reclamo quedaban descartados.

Para su sorpresa, descubrió que el negro le favorecía. Su piel brillaba con aquel color. Las miradas de los hombres parecían resbalar sobre ella, como si aquel color las repeliera, tras detenerse en ella unos segundos. Estaba prohibida por el momento, parecían pensar.

Y era un alivio.

Toda su vida había estado bajo la suela de un hombre, o de varios. La mayoría del tiempo, aterrada de respirar siquiera para no ganarse una paliza.

Y, al mismo tiempo, debía parecer ansiosa de su atención. Era lo que se esperaba de ella. Era su forma de ganarse la vida. Comía de sus sonrisas, de lo que tenía entre sus piernas. De su boca. Pero ya no. Ahora podía pararse y pensar.

Aquello era lo más cercano a la libertad que había sentido jamás.

Sin embargo, aquel nuevo estado también tenía sus inconvenientes. Haber vivido lejos de la sociedad traía una falta de educación que no podía suplir en tan poco tiempo, ni siquiera observando a los demás. Y no podía pedir una tregua si no quería delatarse. Aquel abogado, Smith, y hasta los camareros del hotel, que hasta hacía pocos días la habían mirado por encima del hombro, la trataban y miraban de otra forma. Y no sabía cómo debía responder. De modo que hablaba poco, se movía menos, y esperaba que todos pensarán que se debía a que estaba afectada por la muerte de André.

Smith estaba allí en ese momento, mirando con impaciencia al reloj. Había comprobado mil veces el itinerario que debía seguir para llegar a Fort Worth y se había asegurado de que un mozo la esperaría en cada parada.

—Es lo que su esposo querría, estoy seguro —decía, resiguiendo su rostro con sus ojillos claros.

¿Veía aquel hombre lo que era ella en realidad? ¿Había escuchado algo a los camareros del hotel?

No. Smith solo era un buen hombre que se sentía culpable por alguna estúpida razón. Tal vez había visto el arma en la cintura de Perkins y no había avisado a André. O... A veces solo la gente era buena.

—Recuerde, señora DuPont —insistió, por enésima vez, como jamás lo había hecho su padre—, intente no hablar con extraños. Una viuda hermosa y vulnerable como usted es un blanco fácil para los sinvergüenzas. Ojalá me hubiera dado usted tiempo para contratar a alguien fiable para que la acompañara.

Hablaba demasiado rápido y ahora, de pronto, evitaba su mirada. Había desaparecido unos instantes para enviar un telegrama a Fort Worth para avisar de su llegada en un hotel donde le había reservado habitación.

Arabella pensó que aquello era extraño, si se suponía que ahora ella era dueña de uno, pero no dijo nada. Smith era casi demasiado amable. Su amabilidad excesiva la hacía sentirse culpable por no poder retribuirle, porque él dijo que André ya le había pagado y no tuvo más remedio que callar.

—Alguien fiable —murmuró Smith otra vez entre dientes, nervioso, volviendo a mirar el reloj.



El anillo de su madre, demasiado grande para su dedo, se le clavaba en la mano cada vez que apretaba la mano. ¿Cómo iba a dejar que alguien fiable se acercara a ella? Si ya le costaba mirar a aquel hombre y pensar en todo lo que había hecho por ella y no le había podido pagar.

—Estaré bien, señor Smith. No hablaré con nadie con aspecto desagradable y rezaré mis oraciones todas las noches, se lo juro.

Smith parpadeó y pareció a punto de decir algo, pero un pitido le hizo dar un respingo.

La máquina de vapor era enorme y llenaba la estación hollín. Hacía un año, ese mismo monstruo la había llevado a San Francisco con André, y ahora se la llevaba de allí, con un nuevo nombre y una pequeña fortuna en una cuenta bancaria.

El abogado saltó como un insecto cuando el tren se detuvo junto a ellos. De su boca salió una ristra de consejos que ella escuchaba a medias. Sus ojos miraban a su alrededor de modo instintivo, buscando gente a la que debía evitar. Familias enteras montaron en los vagones de madera más humildes, donde ella y André habían montado hacía un año. Ahora ella podía permitirse un pasaje en uno de los mejores coches, con una litera para dormir por las noches. Esa gente la odiaría por ello, como ella había odiado a otros antes.

Caminó hacia su compartimento, sabiendo que un mozo y el abogado la seguirían. Era curioso lo pronto que se había acostumbrado a que alguien la sirviera.

—Escríbame si necesita algo, señora DuPont.

Jeremiah Smith la miraba desde la puertezuela con un aire tan suplicante que le dio lástima. Le tendió una mano enguantada y se la apretó. No dijo nada, pero a él pareció bastarle.

Muy pronto el tren partió. Sería un largo viaje hasta Fort Worth. Tendría tiempo de armarse una nueva vida.

El hombre que atendía al otro lado del mostrador no le había entendido a la primera.

Gereon había dejado las balas de plata sobre la madera, desgastada por los años, pero lustrosa, y le había mirado.

El tipo, vestido con una camisa arremangada, como para demostrar que no guardaba nada debajo de los puños, y un delantal blanco y enorme, tomó una y se la puso ante los ojos, que guiñó, como para enfocarla mejor.

—Plata. Tendría que fundirlas y pesarlas para decirle cuánto puedo darle por ellas, pero no se paga tanto como el oro.

Sonreía, como seguro que solía sonreír a todos sus clientes, mostrando una hilera de dientes falsos de porcelana, tan regulares y cuadrados que parecían a punto de escaparse por sí mismos de aquella boca y morderle.

Gereon miró las balas, en particular la que el tipo sostenía todavía entre los dedos.

—Quiero un arma para poder dispararlas. Son balas —dijo, sintiéndose muy estúpido.

No quería que el dependiente supiera que no había disparado en su vida. Bueno, aquello no era cierto. Lo había hecho, pero nunca contra un hombre. Pegar cuatro tiros al cielo con una pistola vieja para asustar a las alimañas por la noche no contaba.

Los ojos del otro se achicaron un poco mientras se paseaban por el aspecto desaliñado de Gereon.

Acababa de bajar del tren y tenía el aspecto de no poder pagar mucho más que el pasaje hasta la próxima estación. Sin embargo, quién era él para negarle la muerte a nadie, siempre y cuando pudiera pagarla.

Volvió a mirar la bala y se agachó para sacar una caja de debajo del mostrador.

—Doce dólares —dijo, abriendo el estuche de madera forrado de terciopelo rojo y señalando un arma aspecto tosco—. Dios inspiró al señor

Colt cuando creó esta maravilla. O tal vez fue el diablo.

La risa del dependiente hizo que Gereon sintiera un deseo repentino de tomar aquel artefacto brillante y pesado y golpearle con él.

Gereon rozó el revólver y se sorprendió por su tacto frío. Las cachas de madera, en cambio, eran cálidas y suaves, casi voluptuosas. Era pesado. Mucho. No lo parecía. Y olía a metal y a grasa.

Asintió, sabiendo que parecía idiota, pagó con casi todo el dinero que llevaba encima, tomó sus balas, y salió de la tienda, con la mirada de aquel tipo clavada en su espalda.



La comida que ofrecían por un dólar era detestable, pero no había otra, así que todos comieron y callaron. Solo los viajeros de los vagones más pobres habían sido lo bastante listos como para llevar sus propias provisiones y comían sentados en el suelo, o sobre el equipaje, que llevaban con ellos a todas partes por temor a los robos, y no sin razón.

El bistec de búfalo había visto días mejores, y el puré de patata estaba helado y parecía una masa grisácea, pero no eran peores que las que Miguel y él habían comido durante todos aquellos años. De hecho, se habían alimentado con cosas peores. La tarta de manzana, sin embargo, era bastante aceptable, y Gereon la degustó mientras observaba todo lo que le rodeaba, evitando pensar en el peso del Colt en la cadera.

Había otros hombres armados, la mayoría. Procuró no mirarlos a los ojos. No quería que se tomaran su mirada como un desafío. Solo quería ver cómo se movían, cómo andaban, cómo llevaban la muerte.

Su madre nunca había querido que llevase un arma. La única que había en el rancho había sido un viejo arcabuz de su padre, que había que cargar por la boca y que producía más humo y ruido que daño. El ruido le ensordecía durante horas, pero era efectivo para ahuyentar a los coyotes que se acercaban por la noche a las vacas y las gallinas.

Al salir de la tienda, había intentado colocarse la pistolera, y se había sentido muy ridículo al comenzar a caminar. Había notado la mirada de una de las mujeres del tren, una viuda que viajaba en los coches litera. Iba sola y se dejaba ver poco. La había saludado al pasar y ella se había limitado a mirarle con gesto serio. Solo en el último instante, como si hubiera pensado que lo

justo era devolver el saludo, había bajado apenas la barbilla. Era muy morena, tal vez mexicana.

Ya tenía un arma para las balas de plata, pensó.

Sacó el paquete que había encontrado entre las pertenencias de Miguel. Le había costado días tomar la decisión de volver. Volver suponría la muerte, se había dicho siempre. Pero después de leer aquello, ¿qué otra cosa podía hacer?

*Yo también amé a Amy Donovan*

*Por tu estupidez, porque pensé que esto debía acabar, aflojé aquella soga.*

*Si no hubiera sido así, no estarías vivo ahora. Sin embargo, espero que no seas tan idiota como para pensar que intentaron matarte solo por Amy. ¿Qué puede importarle a un Kavanagh con quién se acueste una ramerilla como ella?*

*Un día serás lo bastante mayor, y espero que maduro, como para volver y recuperar todo lo que te han robado.*

*Pero no vuelvas impulsivo, con fuego en las venas, dispuesto a la venganza ciega. Ven, observa, piensa.*

*Si estás leyendo esto, es porque Miguel ha considerado que ha llegado al fin tu momento. Espero que así sea, porque tu labor no será sencilla.*

*En todo caso, que Dios o el diablo te ayuden, muchacho, porque lo necesitarás,*

*Liam McQuade*

Bien, Liam McQuade, fueran cuales fueran sus motivos para haberle salvado la vida, tenía razón en algo, necesitaría toda la ayuda posible, porque no tenía la maldita idea de dónde se estaba metiendo, y Miguel ya no estaba allí para guardarle las espaldas.

Había tardado en comprender que se suponía que Miguel no había sido solo su guardián, sino que también debía de haberle enseñado aquello y prepararle para la venganza. Por algún motivo, el mexicano jamás le había hablado de McQuade. De hecho, siempre había intentado que olvidara el pasado.

Ahora ya era demasiado tarde para echar la vista atrás e intentar comprender sus motivos para no querer regresar.

Tenía un Colt, y cinco balas de plata. Solo le faltaba saber cómo usarlo. Y contra quién.

La ciudad había cambiado mucho desde que la había visto por última vez.

La llegada del ferrocarril la había hecho crecer, al punto que Gereon no reconocía apenas los lugares por donde había caminado miles de veces.

Nuevas calles, nuevos edificios. Todo era nuevo, como si lo antiguo hubiera sido barrido por el viento o la lluvia, para dar paso a la prosperidad que marchaba sobre raíles de metal.

Gereon se sentía un estúpido, caminando con el ala del sombrero baja sobre los ojos, temeroso a cada paso de que alguien se parase y le señalase con un dedo.

—Estás muerto, vuelve al agujero —temía que le gritasen.

Sin embargo, nadie le miraba. Y, si alguien lo hacía, apartaba su vista al poco rato.

Era un viajero más en un lugar donde desembocaban las vías. Fort Worth era la última parada del recorrido de la Compañía de Ferrocarril de Texas, y era habitual ver a todo tipo de gente por allí, desde vaqueros a aventureros, pasando por artistas para los teatros y locales que proliferaban como setas.

Pronto comprendió que los años habían pasado por todos.

Hotel Kavanagh. Almacén Donovan. Los carteles con nombres conocidos le asaltaban a la vista. Lo que hacía cuatro años solo había sido una promesa, se había convertido una realidad. El tren que traía la riqueza del resto del país lo había hecho posible. Los hombres que habían intentado matarle se habían adueñado de la ciudad al fin.

Y no solo eran los dueños del hotel y del almacén más importante de la ciudad. Aquí y allí vio más huellas de su presencia. Pequeños y grandes comercios llevaban sus nombres inscritos. Y estaba convencido de que algunos no lo llevaban, pero también tenían su marca.

Fort Worth era una estación ganadera de gran nivel, ya lo era cuando él vivía allí. Aunque su rancho era pequeño, había sobrevivido gracias al comercio de reses. Era evidente que también aquello había mejorado.

Se preguntó qué había sido de sus tierras.

Durante años había evitado pensar en ellas.

La verdad era que había evitado pensar en muchas cosas.

En su madre, y en dónde la habrían enterrado. En si habían dejado que las alimañas se la comieran. En Amy y en su olor a heno. En aquel último beso y cómo ella se lo había regateado.

Hubo un tiempo, casi al principio, en que se había permitido creer que volvería a por ella. Amy le miraría y lloraría. Diría que siempre había sabido que estaba vivo, que lo había sentido en su corazón.

Sí, en sus ilusiones lloraba y se llevaba las manos al pecho, como las actrices de los vodeviles, aunque sabía bien que Amy jamás había actuado de aquella manera y era muy probable que nunca lo hiciera.

En sus sueños no había lugar para venganzas.

Era así de estúpido.

La venganza era algo que estaba reservado a los libros de su infancia, a la iglesia oscura donde rezaba los domingos. Pertenecía al Dios de su madre, aquel que era capaz de ordenar que lloviera durante día y noche para castigar a los hombres por sus pecados.

Pero desde que había leído la carta que había encontrado entre las pertenencias de Miguel, había intentado ver todo lo que había ocurrido entre Amy y él de otra manera. A su pesar, algo dentro de él siempre había pensado que se lo merecía, que se había buscado aquello por mancillar la blanca piel de la hermosa hija de uno de los mejores hombres de la ciudad, cuando él no era más que basura.

Pensó en lo que insinuaban las palabras del capataz, pero las desechó con desprecio. Que McQuade también la amara no quería decir nada. Ella le había escogido a él. A él.

Sin embargo, algo parecía carcomerle. Porque, ¿acaso le había dicho ella alguna vez que le amara, que fuera su único amor? Y, sin embargo, aunque no fuera así, tampoco significaba que no fuera cierto.

Creyó escuchar la risa hiriente de Miguel en su cabeza, como si no hubiera muerto. Incluso su voz pareció hablarle.

—Estúpido niño. Podrían hablarte de hadas y tú lo creerías.

Sí, Amy se había mostrado como un hada y él había escogido creerla. Y eso casi le había costado la vida. O, como decía McQuade, aquello solo era una excusa y él un idiota.

—Tiene usted pinta de necesitar un buen caballo, amigo —dijo una voz

muy cerca de él.

Miró al tipo que le había hablado. Estaba apoyado contra un poste donde tenía amarrados varios caballos con mal aspecto. Algunos eran viejos y parecían enfermos, pero él tampoco podía pagar un buen animal.

Gereon pensó que necesitaba muchas cosas. Un caballo podía ser una buena manera de empezar.

Visitaría el rancho, para ver si quedaba algo de él. Buscaría la tumba de su madre.

Después, tendría que pensar.

Su madre le había dicho a los cinco años que, al dejar la tribu, había dejado atrás su antiguo nombre y todos los recuerdos, que nunca había vuelto a ver a sus padres, ni a sus hermanos, pero que, por la noche, a veces intentaban llamarla para que volviera. Que el anillo que Jim Kelly le había puesto en el dedo cuando se habían casado era lo que los mantenía lejos.

Cuando era niña, a Arabella aquella historia le había parecido preciosa. La imagen de su madre, que lo había dejado todo para irse con el guapo irlandés en busca de aventuras, le llenaba la cabeza de sueños estúpidos llenos de besos y amor. Su madre, que no lamentaba su decisión, porque los quería más que a su vida pasada.

Sin embargo, al crecer, había visto lo que su madre no le contaba. La veía, triste, mirando por la ventana cada mañana. Y por la noche, esperando a su padre. Veía las miradas de reojo de sus vecinos, los cuchicheos que ella fingía no escuchar. La india, la impura, la que jamás sería como ellos.

Era posible que aquel anillo no fuera la bendición que su madre aseguraba.

El amor que había sentido por su padre había muerto, desgastado por las voces de los demás y por la desgana de Jim. Y ella, la hija que apenas tenía nada suyo, era un recordatorio constante de su error. Su padre cada vez pasaba menos tiempo en casa y bebía cada vez más. El oro que encontraba durante el día en la mina desaparecía en las tabernas y las mesas de faro por las noches. Arabella comía más de las hierbas y medicamentos que vendía su madre que de lo que llevaba su padre a casa.

La bruja, la llamaban. Y ella era la hija de la bruja.

De ella había aprendido cuatro o cinco gestos que asustaban a los viejos chismosos y a los niños impertinentes, y también alguna tisana para la fiebre. Por no hablar de los beneficios del opio. Aquello era todo lo que le había dejado su madre antes de seguir las voces de sus sueños. Un día Arabella había despertado y se había encontrado su anillo de boda en la mesa de la



cocina y no había vuelto a saber de ella.

No sabía si había vuelto con su tribu o si había decidido emprender el camino hacia el desierto para no volver. Lo cierto era que descubrió que no conocía a su madre lo más mínimo.

Lo mismo que había sentido al ver aquel anillo sobre la mesa, lo sintió Belle al ver la puerta del establecimiento que había heredado.

No, aquel anillo nunca había sido ningún amuleto, ni para su madre ni para ella.

Se suponía que era un hotel, pensó.

No había esperado nada lujoso. Le habría bastado con algo modesto, limpio, pequeño. Pero lo cierto era que debería haberlo esperado. Quizá por eso el abogado Smith la miraba siempre con aquella cara de lástima.

El abrevadero de John, rezaba el cartel de madera apolillado y a punto de caerse. Incluso cerrado, aquel lugar emanaba un olor a cerveza rancia que echaba para atrás.

Se echó a reír, rodeada con el equipaje, en medio de la calle. Tendría que dormir en la habitación que el abogado Smith había alquilado para él, después de todo.

Los pocos transeúntes que caminaban a esa hora por lo que en Fort Worth conocían como la Media Milla del Infierno, miraron con curiosidad a la mujer morena vestida de negro que reía. Su figura formal en ese lugar era tan incongruente como la de un cura soltando bendiciones.



La casita apenas había cambiado.

Una pequeña ampliación, un nuevo corral. Pero, por lo demás, era la casa que él había construido para su madre. Se parecía un poco a la que habían tenido en Colonia, solo que más pequeña. Había bastado para los dos.

Había diferencias, claro. Ahora estaba todo cercado, y había mucho más ganado. Y el ganado tenía otra marca.

También la cerca tenía la misma señal de hierro. Y era la de Kavanagh.

También había hecho lo que siempre decía con el pozo. Que ya no era un pozo, sino una herida abierta en la tierra de la que emanaba un agua sucia y embarrada. Un hilillo triste y moribundo que apestaba a aguas estancadas.

Supuso que Kavanagh no estaba allí. Él poseía una casa enorme a unas

millas de distancia. Nunca había entrado en ella, pero era lo más cercano una mansión que había en la comarca. Era donde Amy siempre decía que se imaginaba viviendo, rodeada de sedas y joyas. Y era lo que todo hombre le habría dado sin dudarlo, de haber podido. Él mismo se lo habría dado. Aunque nunca había tenido ninguna oportunidad.

Pensó que tendría que reclamar su escritura en el despacho de la propiedad. Al fin y al cabo, aquella seguía siendo su casa, su tierra. Incluso aquella agua infecta era suya.

A la derecha de la casa, un poco apartada, debía de seguir la lápida que habían colocado en memoria de su padre. Su madre estaría también allí, si es que esos hombres tenían corazón.

Nadie le impidió caminar hacia la casa, aunque algunos le observaron al pasar, algunos de ellos con insistencia. Pero nadie le habló.

Gereon saludó a uno de ellos, aunque él apartó la mirada al instante, como si le hubiera cogido en pecado. Era un mexicano todavía joven y atildado, bastante apuesto. Llevaba un lazo enrollado en el brazo y estaba apoyado en una cerca.

Había muchos aparceros y vaqueros, la mayoría mexicanos y negros. Eran eficientes y más baratos. Aunque tenían fama de vagos y borrachos, no se diferenciaban de los hombres blancos con los que había trabajado. Todos los vaqueros eran volubles y juerguistas, en eso nadie sería capaz de diferenciarlos ni por el color ni por su confesión religiosa.

Ya a la distancia pudo ver que solo había una piedra, medio caída sobre sí. Siguió caminando, como si necesitara cerciorarse. Allí estaba, el nombre de su padre, tallado. Gereon Günter Meier, amado esposo y padre. 1870. Nadie podría saber, viendo aquello, que su padre no estaba debajo de aquella losa. Sin embargo, su madre rezaba allí cada día, como si lo estuviera. A veces hablaba con su padre como si pudiera responderle, y Gereon la escuchaba en la distancia, preguntándose si su madre pensaba alguna vez que dejar Colonia había sido un error.

No habían enterrado a su madre allí. La losa de su padre era la única.

—No puede estar aquí. Esto es una propiedad privada.

Gereon sintió el impulso de embestir al que hablaba, de destrozarle por decir aquello. ¿Cómo podía decirle algo así? Él era el dueño de todo lo que le rodeaba. El único dueño.

Sin embargo, algo le impulsó a callar. No quería alertar a Kavanagh de su presencia. No todavía.

Se tocó el ala del sombrero y se obligó a sonreír.

—Me preguntaba si necesitaban a alguien en el rancho. Busco trabajo.

El tipo entrecerró los ojos y lo recorrió con la mirada, hosco.

Gereon pensó que, en su lugar, él tampoco se contrataría a sí mismo. Desaliñado, delgado y con aspecto débil, era lo opuesto al tipo de hombre que abundaba en un rancho, donde hacía falta gente en forma y con reflejos, fuertes y hábiles con los animales.

—Ahora mismo están todos los puestos cubiertos, pero puedes pasarte por el pueblo. Ahí siempre buscan mozos en los almacenes del ferrocarril.

El tono desdeñoso con el que habló hizo que Gereon apretase los dientes, pero asintió, agradecido.

—Preguntaré por ahí, gracias.

El otro ni siquiera respondió. Se limitó a asentir con la cabeza, esperando a que se largase por donde había llegado.

Gereon supo que su tiempo allí había acabado. Si se quedaba un poco más, levantaría sospechas, y eso era lo último que deseaba.

Montó en el caballo, viejo y cansado, y se puso en marcha de regreso al pueblo. El trote suave le ayudó a pensar.

Antes de ir al rancho, se había pasado por el cementerio del pueblo, y su madre tampoco estaba allí. Si no estaba enterrada ni en el camposanto común ni junto a su padre, ¿dónde estaba su cuerpo?

El abrevadero de John era poco más que eso. De hecho, a Belle le sorprendió no encontrar asnos cagando junto a la barra.

El local, oscuro, sucio y viejo, tenía el suelo podrido y cubierto por paja mugrienta que apestaba a orina y cerveza rancia. A la luz de la lámpara de aceite, los insectos escapaban, aterrados, y tal vez sorprendidos de que la luz penetrase en aquel antro.

Pensó en el antiguo dueño y en su miedo a perder aquello. Había matado a André por ello, maldito fuera. En su lugar, ella se habría pegado un tiro antes que pisar aquel lugar.

—Usted debe de ser la viuda del francés.

Arabella se giró para mirar al que había hablado.

Su silueta se dibujaba contra el marco de la puerta. De modo más que prudente, el tipo se había quedado allí, sin pisar el interior.

—Soy Arabella DuPont.

Era un nombre horrible y le sonaba a batiburrillo, pero había practicado durante todo el viaje y ya le salía con naturalidad, con el apellido redondeado en la boca, como lo había pronunciado André, casi en un beso final.

—Una dama no debería conocer un lugar como este.

Belle dejó la lámpara sobre una de las destartaladas mesas y se acercó a él. Procuró que sus pasos fueran lentos, no colocar las manos en las caderas, como habría hecho cuando se dedicaba a atraer a los hombres, y no sonreír demasiado. Ante los demás, era una viuda desolada, no una puta.

—Esta dama no tendrá más remedio que convertir este sitio en un local decente si quiere comer.

Él se colocó entonces de modo que le diera la luz.

Era joven, más de lo que había pensado. No debía tener más de veinticinco años. Era guapo e insolente, o quería aparentar que lo era. Para sus ojos, ella no era una dama.

Se preguntó qué la había delatado. Si había sido su forma de hablar o de

moverse. Porque, después de todo, aquellos estúpidos cuentos nunca eran reales. Una fregona no podía convertirse en princesa y dejar de hablar como una fregona por mucho que se vistiera con seda.

—Haría bien en dejar que este sitio terminara de caerse sobre sí mismo, señora DuPont. —Él no lo pronunció tan bien como ella. Quizá no había practicado tanto—. Fort Worth no necesita otro burdel.

Arabella fingió sorpresa y se llevó una mano al pecho.

—¡Oh! ¿Eso es lo que era?

El joven apretó los labios, como un niño furioso a quien se le ha negado un capricho.

—Mi padre siempre dice que hay quien no sabe escuchar un buen consejo.

—Tal vez su padre debería venir en persona a decirme lo que crea conveniente, señor...

—Kavanagh, Rory Kavanagh.

Arabella sonrió y le señaló la puerta.

—Le ofrecería algo, pero ya ve que está todo manga por hombro. Recordaré invitarle a la inauguración, señor Kavanagh. Y también a su padre, por su puesto. Y ahora comprenderá que tengo mucho trabajo por delante para levantar este maravilloso negocio.

Sonreír le dolió hasta a ella, pero funcionó.

El muchachito, que tenía su misma edad, pero era un niño a su lado, se marchó. Aunque volvería, claro. Siempre lo hacían.



En todos los pueblos y ciudades, por grandes o pequeñas que sean, hay figuras de autoridad a las que es imposible soslayar. El párroco que emite sermones más o menos bienintencionados desde su púlpito, que amenaza con el fuego del infierno para los que no acatan los mandatos de las escrituras, o lo que él interpreta como tal. Los prohombres que todo lo gobiernan, los sabios, que utilizan su mano dura para someter a todo aquel que levanta la cabeza para insinuar que otra forma de vivir o pensar es posible. La maestra, que educa a los niños en su futura forma de pensar... si es que gusta de su oficio. Las matronas que juzgan a quienes son sus iguales, a las que merecen estar entre ellas y a las que no llegarán jamás a estarlo, a las que pecan, a las que caen, a

las débiles. El sheriff, el tabernero, que decide admitir o no a los que pueden beber en su local...

En Fort Worth, como ciudad en expansión que era, sin duda estas figuras debían de estar multiplicadas por varias decenas.

Arabella tuvo la sensación de que había recibido al primer comité de bienvenida. Por suerte, la primera visita había sido pacífica, aunque sabía que, de resultar demasiado molesta, era posible que las siguientes no lo fueran.

Kavanagh.

Había visto el nombre en varios de los establecimientos al pasar.

El tipo debía de tener a todo el mundo cogido por las pelotas para saber cuándo iba a llegar y lo que iba a hacer. Si era así, cualquiera podía haberle ido con el cuento, desde la muchacha que le había servido el café en el desayuno al niño que le había llevado las maletas hasta la puerta del burdel a cambio de una moneda. Si había recibido otra por venderla a Kavanagh, había hecho un buen negocio.

Dios, ¿de verdad pensaba que ella iba a suponer una amenaza? ¿No había visto en qué estado se encontraba aquel repugnante lugar?

Arabella sintió ganas de reír. O de llorar. O de ambas.

Un ruido en la parte alta del local la sobresaltó. Si tenía que dar crédito a Rory Kavanagh y aquello era un burdel, debía de proceder de las habitaciones donde las chicas trabajaban. ¿Acaso todavía quedaba alguien trabajando allí?

Rebuscó en el bolso y sacó la pequeña pistola con cachas de nácar que le había regalado André. Siempre decía que era un juguete ridículo, pero era lo bastante efectiva si se disparaba en el lugar adecuado, y ella podía dar fe de ello, porque había dejado a un tipo que había intentado rajarle la cara sangrando como un cerdo una vez. André se había reído al enterarse. Según él, su amigo solo quería gastar una broma, no hacerle daño. Ya nunca sabría si aquello era cierto. En todo caso, ahora se cuidaría mucho de volver a gastar ese tipo de bromas a ninguna chica.

Volvió a coger la lámpara y comenzó a subir, maldiciendo en silencio cada escalón que crujía.

Aquel sitio, como Kavanagh decía, merecía ser derribado. Saldría más barato tirarlo y volver a edificar sobre unos buenos cimientos, pero no tenía tanto tiempo ni ganas como para pensarlo siquiera.

Las habitaciones eran pequeñas y estaban tan sucias como la parte de abajo, pero quedarían bastante bien en cuanto estuvieran limpias, o lo suficientemente bien como para un local no de lujo, pero sí aceptable. A pesar

del miedo que sentía, iba comprendiendo que el negocio podía resultar con algo de inversión y tiempo. Sí, entendía en parte al tipo que había matado a André. Aunque fuera un idiota que no había sabido llevarlo y que incluso se lo había jugado a las cartas, en el fondo era consciente de que era un diamante en bruto. Y ella sabría cómo sacarle el partido que el muy imbécil no había sabido sacar.

Un nuevo ruido a su derecho la hizo detenerse.

Provenía de la única habitación con la puerta cerrada.

Dejó la lámpara en el suelo para poder tener al menos una de las manos libres y estiró la mano para abrir mientras apretaba la pistola con la otra, dispuesta a disparar.

Sin embargo, alguien se le adelantó.

Un rostro hosco, rodeado de pelo largo y entrecano le gritó un galimatías que no pudo comprender antes de volver a cerrarle la puerta en la cara.

—¿Pero qué cojones? ¡Este local es mío!

Volvió a abrir la puerta, esquivó algo que se rompió tras ella y entrecerró los ojos para tratar de ver a pesar de la penumbra.

Fuera quien fuera, no parecía feliz de verla allí, pero le dio igual. Tendría que largarse, junto con toda su basura.

Durante años había sido la esclava de alguien y había tenido que obedecer sin rechistar. Por una vez, sería ella la que diera las órdenes.

—Arabella DuPont... Es un nombre precioso para una fulana.

Oscar Kavanagh miró a su hijo menor mientras hablaba. Rory había enrojecido ante las palabras de su padre, confirmando que no había sido mala idea enviarle con su mensaje. Ya tenía más de veinte años. Era hora de que se involucrase en los asuntos de la familia.

Ryan, solo dos años mayor que él, reía sin disimulo. Su hijo mayor no conocía la sutileza. Muchas veces había pensado que lo ideal habría sido que su Eunice le diera un tercero, a medio camino entre ambos, con la prudencia de Rory y la valentía de Ryan.

—Parecía decidida a quedarse. Dijo que lo necesitaba para comer.

Oscar desechó sus palabras con un gesto de la mano. ¿Qué mujer no hablaba siempre de sus necesidades y las de sus cachorros? Pero una cosa era hablar y otra trabajar. La señora DuPont quería progresar, levantar un negocio, pero no se había traído a nadie con ella, lo había comprobado. Smith, aquel abogaducho mercenario, no la había avisado de lo que la esperaba, él se había encargado de ello.

Era una suerte que fuera justo aquel abogado el que se había encargado de la transferencia del local de Perkins, a quien Dios o el diablo ya debían de tener en su gloria.

Le había escrito un telegrama para anunciarle los acontecimientos sin que la tinta ni la sangre de ese tal DuPont se hubieran secado siquiera de las escrituras. Después se había arrepentido, claro. La viuda era una buena mujer, una dama necesitada y bondadosa. La idea de hacerle una oferta por el local en sus condiciones de vulnerabilidad... no quería pensar que deseaba engañarla.

Ese estúpido leguleyo, con su ridícula falsa moral. Había cogido su dinero y después se había echado atrás.

Seguro que ni siquiera se había dado cuenta de que ella ni siquiera era la viuda de DuPont. Que esos papeles que ella había firmado no eran más que



mierda de vaca dejada secar al sol. Menos que eso.

Por su culpa no había hecho la oferta a tiempo y ahora ya era tarde. Ahora ella había llegado a la ciudad y no podía hacer otra cosa que esperar a que se fuera por sí misma. Porque acabaría haciéndolo, como todos.

Podía imaginar su cara de susto al ver los restos del naufragio.

Ni siquiera en los buenos momentos había tenido buen aspecto ese maldito lugar.

Perkins había sido descuidado y no había sabido ver que los lobos le acechaban. Y, cuando todavía estaba a tiempo de aceptar un trato, lo había rechazado.

Smith le había dicho que se había portado como un valiente, intentando defender su burdel hasta el último minuto. Lo malo era que había esperado demasiado, y que lo había defendido contra el tipo equivocado.

No iba a quejarse. Era mejor que hubiera sido aquel DuPont y no él el indicado para recibir la bala. Todavía tenía muchos planes por delante.

—Se cansará en cuanto sepa lo que tiene que hacer. Ninguna mujer está hecha para un trabajo así.

Oscar miró a su hijo mayor casi con lástima. Sin duda, en eso de pensar también Ryan había salido con las de perder.

—Precisamente las mujeres son las ideales para ese tipo de trabajo, muchacho. Déjala que trabaje, que levante El abrevadero. Cuando lo haya puesto en marcha, y Dios sabe que, según los tipos de Pinkerton a los que contraté para que la investigaran, tiene experiencia en ello, intentaré llegar a un acuerdo con ella. Esperemos que sea más lista que Perkins. Y si no lo es...

Eunice Kavanagh irrumpió en el salón, con la respiración agitada y la falda un poco levantada, como si hubiera recorrido casi toda la casa corriendo. Era posible que así fuera.

Aquella casa era enorme, siempre lo decía. Más de lo que necesitaban. Siempre hablaba de lo mucho que echaba de menos la antigua casita junto al prado. Y él asentía, aunque lo hacía como cuando se da razón a los niños que nacen con alguna tara. Aquella casa indicaba su estatus del mismo modo que lo haría un trono.

—Llevo llamándoos media hora. La comida ya debe de estar fría.

Eunice no se acostumbraba a mandar a los criados a hacer aquellas cosas. La muy imbécil. No se daba cuenta de cómo le tomaban el pelo.

Oscar le sonrió.

—Un poco de puré de patatas frío nunca le ha hecho daño a nadie,

querida. Ve delante, te seguiremos en un minuto.

Eunice le miró durante un segundo con incredulidad, como si no comprendiera que no fuera a seguirla al instante. Al final dejó el saloncito con aquel revuelo de faldas que tanto le irritaba.

Se había construido una casa, una nueva vida, pero no podía cambiar ciertas cosas de su pasado. Todavía.

—Entonces, ¿la dejamos?

Rory había esperado a que los pasos de su madre dejaran de escucharse antes de hablar. En cierto sentido, Kavanagh debía reconocer que sus reservas hacia Rory venían por su innegable parecido con su madre. Los recordaba acurrucados a los dos frente a la chimenea, cantando aquellas sentimentales canciones irlandesas, una y otra vez, hasta que la cabeza amenazaba con reventarle. Solo se callaban cuando se ponía serio de verdad.

Oscar miró a su hijo, recordando cómo lloraba, apretando los labios, negándose a suplicar que le dejase ir. Solo cuando tocaba a su madre podía doblegarle. Podía ser lento en ocasiones, pero no era un inútil del todo, solo necesitaba madurar.

—Sería un placer no tener que repetir todo lo que digo por una vez en la vida, Rory —dijo, con una sonrisa que pretendió ser amable, pero que no lo fue, a juzgar por la mirada de su hijo—. Esperaremos, sí, pero no nos conviene dejar que se confíe. Nunca se sabe qué trucos de ramera puede traer una mujer como esa bajo las enaguas.

Ryan volvió a reír. Debía de resultarle muy gracioso que hablase de mujeres de mala fama en el salón de su propia casa.

—A mí no me pareció una ramera.

Las palabras sorprendieron a Oscar. Había un tono de rebeldía en la voz de Rory. Incluso había levantado esa barbilla que apenas sabía que existía.

—Eso demuestra lo poco que conoces a las mujeres. Quizá deberías salir un poco de debajo de las faldas de tu madre y ver un poco de mundo, chico.

—Dicen que la viuda francesa ha salido a la calle para pedir trabajadores a gritos. Paga bien, pero debe de estar loca si cree que alguien trabajará para una mujer.

El dueño del establo seguía apoyado en la columna. Desde que le conocía, una semana, apenas le había visto en otra posición, como no fuera sentado, no muy lejos de ahí.

Gereon se había presentado de vuelta en el establo al regresar de lo que había sido su rancho.

Luke le había dicho que no le devolvería el dinero por el caballo.

—Tú lo escogiste, amigo. Ahora es tu responsabilidad.

—No quiero mi dinero. Quiero un trabajo.

Luke no le dio un trabajo, pero sí le ofreció uno de los cubículos vacíos para dormir, siempre y cuando no armara mucho jaleo y limpiase las cuadras.

No estaba limpio y no olía bien, pero era un techo, y le bastaba. En el fondo, aquello era un trabajo, aunque no cobrase un céntimo por él. Le dio igual que Luke le estafara. En esos momentos necesitaba sentirse útil y pensar.

—¿Qué viuda?

Luke, apoyado en su columna, como si no confiase en que fuera a sostenerse por sí misma si la dejaba, escupió y le miró con lástima.

—Es una pena que seas un hombre. Aunque, bien mirado, con unas faldas, podrías tener posibilidades. Ese cabello rubio debe de ser muy suave.

Ese hombre jamás respondía una pregunta a la primera. Tardó un rato en decirle que la mujer de la que hablaba había llegado en el mismo tren que él.

—¿Qué tipo de trabajadores necesita?

—Es un burdel, William. Necesita putas.

Gereon estiró los labios en lo que pretendía ser una sonrisa.

—Claro.



—¿Te lo puedes creer, Annie? Me ha faltado tirar los dólares en mitad de la calle. Y ni me miraban.

A Belle no le gustaba el whisky. Tampoco le gustaba lo que hacía con la gente, pero era lo único que había encontrado en el almacén. Eso, y una cantidad enorme de mierda de rata. La bebida ni siquiera era buena, pero la consoló durante unas horas. Era increíble que en una semana limpiando, todo estuviera casi igual. Era como si la basura y el polvo crecieran a su espalda mientras ella limpiaba.

Odiaba limpiar. Siempre lo había hecho. Era una de las tareas más inútiles de cuantas existían. Y tan aburrida.

Aunque al menos no estaba sola.

Annie estaba allí para escucharla, aunque no respondiera jamás. A ella también era imposible arreglarla y limpiarla. En cuanto lo hacía, se revolcaba por el suelo, como si le ofendiera el olor del jabón y del perfume de Arabella.

Al final, tuvo que resignarse. Por lo menos no se fue. Se quedaba allí y comía y bebía lo que le ponía delante. Las pocas veces que hablaba, lo hacía en otro idioma, si es que aquello se podía calificar como tal.

Daba igual. Arabella no esperaba respuestas. No quería que nadie le contara su vida. Había escuchado miles de vidas y todas eran iguales. Todos los hombres que habían pasado por su cama se sorprenderían de saber que sus vidas eran similares de un modo absurdo. Por primera vez, quería ser ella la que hablara, aunque no le respondieran. De hecho, era mejor así.

Le habló a Annie de lo que la había llevado allí. No había dudado, le dijo. Podría haber escogido otra dirección, como Nueva Orleans, una ciudad que siempre había querido conocer, o la misma Nueva York, pero no, pensó que quería ser una dama, dueña de un hotel.

—Eso era lo que André pensaba que era este sitio asqueroso. Si no le hubiera matado el antiguo dueño, creo que le dispararía yo misma. Porque mira lo que me encuentro en lugar de ese dichoso hotel, querida. Un viejo burdel a punto de caerse. ¡Y sin putas! ¿Has visto algo más patético en tu vida?

Annie no se llamaba Annie, pero tampoco protestó por su nuevo nombre. De hecho, hacía horas que no se movía. Envuelta en harapos y oliendo a mil demonios, se limitaba a mirarla desde detrás de una cortina de pelo rubio entrecano, como si fuera a comérsela. Devoraba un bistec con puré como si fuera a arrebatarérselo y se acostaría cuando se lo ordenase. Desde luego, daba

menos guerra que ninguno de los hombres que había conocido.

—Si no fuera por ese imbécil que vino el otro día a decirme que me fuera, cogería el primer tren para volver a San Francisco, o a donde fuera. Pero la verdad es que nunca me ha gustado que nadie me dijera lo que tenía que hacer. Ni siquiera cuando me pagaban para ello.

Se sentía estúpida y bastante ridícula por hablarle a una bruja que solo la miraba con terror y que probablemente no comprendía una sola palabra de lo que decía, pero a la vez era gratificante poder decir todo lo que pensaba, sin que nadie la juzgara. Era muy posible que Annie fuera la primera amiga que tenía en su vida.

—¿Sabes qué? Creo que voy a hacer otro intento.

Cuando se levantó, Arabella sintió que todo giraba a su alrededor, como aquella vez que se había montado en una barca para atravesar un lago. Se había jurado a sí misma que no volvería a despegar los pies del suelo como no fuera para acostarse sobre algo horizontal. Y resultaba que ese maldito matarratas producía el mismo efecto.

Casi había anochecido cuando logró abrir la puerta estropeada. Si tuviera algún trabajador, a esas alturas sería lo primero que habría arreglado.

La calle parecía otra a esas horas, aunque en un lugar como la Media Milla del Infierno, la diferencia no era tanta como en los pueblos pequeños. Los bebedores y los puteros, los jugadores y los buscadores de gresca salían al anochecer, como los demonios. Su padre decía que la luna alteraba la sangre de los hombres, y algo de cierto debía de haber en ello, porque a él se le notaba en la mirada cuando se acercaba el anochecer. Incluso su respiración se aceleraba. Su trasero saltaba de la silla en cuanto la luz solar desaparecía.

Sí, la luna daba licencia a los pecadores, como si no osaran mostrar su cara a la luz diurna.

Pero ella los conocía bien. Los conocía desde siempre.

Era evidente que la voz se había corrido porque, nada más verla, hicieron un corrillo a su alrededor. La gente que bebía y bailaba en las otras tabernas dejó lo que hacía y salió para mirarla y escuchar lo que iba a decir.

Arabella jamás había tenido tanto público, ni siquiera durante su breve carrera como cantante en Mobile. Todavía recordaba alguna de las canciones y los pasos, pero no tenía la voz necesaria para llenar el garito. Ni los encantos, había asegurado el dueño, al devolverla a lo que creía su lugar, en las habitaciones de arriba.

Las chicas en Fort Worth estaban por encima de la media, como

correspondía a una ciudad de su categoría, pero tampoco eran las más bonitas que había visto. La miraron con curiosidad, y ella las observó a su vez. Le costaría acercarse para ofrecerles trabajo, pero había maneras de captar chicas en los locales de la competencia. De todas formas, siempre era mejor la carne fresca y desconocida. En cuanto hubiera arreglado el local, se pondría en contacto con los viejos conocidos.

Sonrió y procuró parecer modosa, aunque no idiota. Nunca había soportado a los que parecían moscas muertas.

—A estas alturas seguro que toda la ciudad sabe ya quién soy y lo que quiero —dijo. Todos rieron como imbéciles, pero no le lanzaron nada, lo cual era una buena noticia. La voz había corrido y eso era bueno—. Bien, si conocen a alguien dispuesto a trabajar duro a cambio de una buena paga, no duden en darles mis señas, por favor.

Hizo una reverencia y desapareció en el local como una reina, con el sonido de los silbidos y los aplausos a sus espaldas.

Los interesados no tardarían en llegar, ya fuera por curiosidad o por auténtica necesidad, pero no lo harían delante de los demás.

Podría esperar.

Gereon la reconoció al instante. Era la misma mujer con la que se había cruzado varias veces durante su viaje hacia Fort Worth. Cuando Luke le había dicho que era una fulana, no había pensado que podría ser ella. Cuando pensaba en fulanas, si es que lo hacía alguna vez, siempre le venían a la cabeza mujeres con poca ropa y chillonas, que olían a perfumes baratos y acababan en el infierno. Y ella no era así.

Todavía vestía de luto y no mostraba más piel que la del rostro. Incluso llevaba guantes.

Su madre siempre decía que a las damas se las reconocía por las manos. Nunca había sabido lo que quería decir. En todo caso, tampoco podía saber si esa mujer era una dama o no, porque no podía vérselas.

—No sea tímido, señor. No muerdo tan temprano.

Su voz era un poco grave, pero amable. Estaba sentada a una de las mesas y tenía una taza ante ella. De vez en cuando daba un sorbo, pero no parecía gustarle el sabor de lo que fuera que contenía, porque sus labios se arrugaban con desagrado cada vez que lo hacía.

—Dicen que ofrece usted trabajo.

—Quítese el sombrero y siéntese. Y sírvase una taza de café, si es que quiere morir joven.

Gereon no se decidió hasta que ella levantó una de aquellas manos enguantadas y lo señaló.

—Ha sido usted el que ha venido a mí, señor. Si no está interesado, todavía está a tiempo de dar media vuelta.

Había dureza en su voz. Gereon había escuchado que la gente no quería trabajar para ella. Y dudaba que fuera, como Luke pensaba, solo por el hecho de que se tratase de una mujer. Al fin y al cabo, el dinero era dinero. ¿Qué más daba quién pagaba, mientras lo hiciera?

—¿En qué consiste el trabajo?

Gereon entró al fin en el local. Olía mal. A rancio, a humedad, a moho.

Aunque a simple vista todo parecía limpio, las tablas estaban podridas y necesitaban cambiarse. La barra también había visto días mejores. Estaba combada y una raja enorme haría que se partiera en cualquier momento.

La viuda siguió su mirada y volvió a detenerla en él. Luego le señaló la silla y esperó a que se sentara. Gereon sintió que no le quedaba alternativa. Solo podía hacer eso. O marcharse.

—¿Qué sabe hacer?

—¿Qué necesita?

—Necesito putas. ¿Quiere ser usted una de ellas?

Gereon no supo cómo había pasado. Ella estaba sentada y de pronto estaba allí, con la mano en su entrepierna, masajeando con fruición.

Miró hacia abajo, entre la sorpresa y el pánico, sin saber si debía apartarla o dar las gracias. Hacía años que nadie le tocaba allí. Y con Amy jamás había sido así. Los botones habían desaparecido como por ensalmo bajo sus dedos, como si se hubieran fundido por el repentino calor.

—¿Le han mandado ellos?

Las palabras de la viuda llegaron como a través de la bruma.

—¿Cómo? —Su voz no sonó ronca solo por las cuerdas vocales dañadas sino por la sorpresa—. ¿Quiere usted quitar la mano de mis pelotas y explicarse?

Ella le dio un último apretón, como de despedida, y quitó la mano. Al instante, había vuelto a su café, como si nada hubiera ocurrido.

Gereon hubiera deseado poder actuar con tanta naturalidad como ella, pero le resultó imposible. Le costó tres intentos volver a atarse el pantalón. Cuando lo logró, vio que ella sonreía.

—Puede decírmelo, ahora mismo voy desarmada. Le reconocí nada más entrar por la puerta. Me ha seguido desde San Francisco. Vamos, dígalo. ¿Le mandaron ellos? Eso explicaría que supieran que venía.

—No tengo la menor idea de lo que está diciendo. Nadie me ha mandado seguirla y no sé de quién me habla. Yo...

Ella levantó una mano, la misma con la que le había tocado y le apuntó con el dedo.

—Nunca he creído en las casualidades, señor mío, así que no intente hacerme creer que justo usted, que viajó en el mismo tren que yo, quiere trabajar aquí, para mí, cuando nadie más quiere hacerlo.

—¿Por qué nadie quiere trabajar para usted?

La viuda se levantó y le miró desde arriba. En ese momento Gereon no



recordaba si era correcto que una mujer le mirase así, si él debía levantarse también. Lo hizo. Al hacerlo, se dio cuenta de que estaban muy cerca, así que arrastró la silla hacia atrás.

—Usted debería saberlo.

Gereon rio. Al hacerlo, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no lo hacía. La risa le raspó la garganta de un modo casi doloroso, aunque no resultó desagradable en absoluto.

—No me gusta jurar, señora, pero le juro por mi madre que no tengo ni idea de lo que me habla. —Giró la cabeza para mirar la barra rajada—. Hagamos un trato, si le parece. Usted no me tocará más las pelotas y yo arreglaré este sitio lo mejor que pueda. Además, no me vendría mal que me diera techo y comida. El tipo que me aloja ahora mismo tiene unas ideas un poco extrañas acerca de todo.

Ella se miró una mano con lástima. De pronto, comenzó a quitarse un guante.

—Hay partes de ese acuerdo que no acaban de gustarme, pero todo se puede ir mejorando con el tiempo, señor...

—Puede llamarme William, señora, todo el mundo lo hace.

—Arabella DuPont.

Apretaba fuerte. Sus dedos estaban calientes y parecían retarle a soltarla primero.

Liam McQuade vivía entre el temor y la esperanza.

En su corazón, estaba convencido de no ser un mal hombre.

Rezaba sus oraciones, trabajaba más que la mayoría de los peones y no pecaba. No de modo consciente, al menos. Se reservaba para el día en que el muchacho volviera.

Por las noches, soñaba que se presentaba ante él, le señalaba con un dedo, como Jesús, que le perdonaba por lo que había hecho, y que le decía que lo comprendía. Al fin y al cabo, en el último momento, había visto la luz. Había aflojado el nudo. Le había dejado ir. Y había escrito aquella carta para indicarle el camino de vuelta.

Había pasado menos tiempo del que había pensado. El muchacho era demasiado joven todavía, pero podía ser suficiente.

Tenía que serlo.



Jorge Santos había visitado muchas casas de putas en su vida, pero pocas eran peores que esa, hasta las que estaban al otro lado de la frontera. A su parecer, lo peor de aquella era que no había una sola puta a la vista.

Eso, si se exceptuaba a la viuda, que no parecía muy por la labor de atender a nadie con afecto, a juzgar por su mirada en ese momento.

—Si viene solo a curiosear, puede irse por donde ha venido, amigo.

Jorge sonrió, mostrando sus dientes manchados por el tabaco de mascar. Buscó una escupidera. Al no encontrarla, giró la cabeza y soltó el bolo con un preciso escupitajo en un rincón especialmente sucio.

La viuda, que estaba sentada a una mesa cochambrosa, se levantó y se acercó con un contoneo que atrajo su mirada hacia sus caderas. Era guapa y su

piel atezada delataba la mezcla de sangres. También lo hacían sus ojos, de un tono tan oscuro que ninguna blanca podría igualar.

Una mano enguantada acarició su barbilla y se posó en su cuello. De pronto, sus dedos se convirtieron en una garra cuando aferró su pañuelo como una tenaza.

—Vas a limpiar eso ahora mismo, maldito cerdo. Aquí solo ensucia una persona, y esa soy yo.

Jorge miró aquellos ojos de una tonalidad marrón no tan distinta a la suya y se preguntó qué haría ella si se negaba. Se quitó el pañuelo y se agachó para restregar el escupitajo.

—Lo siento, señora.

—Si lo que quieres es trabajo, tendrás que aprender modales y a obedecer mis órdenes, y ninguna de las dos cosas te resultará sencilla.

Su voz sonaba amable, pero firme al mismo tiempo.

Jorge recordó las órdenes que había recibido. Calla, observa. El señor Kavanagh pedía mucho. Sin embargo, él tenía sus propios motivos para estar allí.

—Sí, señora.

Ella pareció relajarse al escuchar sus palabras. Podía parecer fuerte y segura, pero no lo era tanto. Nadie lo era.

—Pago bien, pero no me gusta que me tomen el pelo. Verás que soy una buena jefa si trabajas bien, pero no te gustaría ver lo que ocurre si no estoy contenta. Así que ya lo sabes, procura hacerme feliz.

Jorge volvió a sonreír. Se quitó el sombrero y le guiñó un ojo.

—Mi especialidad es hacer feliz a las mujeres, señora, ya lo verá usted.

La viuda lo miró de arriba abajo con aire divertido.

—Si me dieran un dólar por cada vez que un hombre me ha dicho algo parecido, ahora mismo sería rica, querido. Ven conmigo, te presentaré a William. Es un tipo tranquilo. Estoy segura de que os llevaréis bien. Tú hablarás y él escuchará.



Gereon lo reconoció al instante. Era el mexicano atildado que le había mirado fijamente cuando había visitado su rancho.

Y ahora estaba allí. No podía ser casualidad.

Jorge evitaba su mirada y solo hablaba con Arabella, simpático y dócil. La hacía reír. A ella no le extrañó que él no dijera nada. Siempre decía que era como un gato y que debería ponerle un cascabel.

—Tan sigiloso como un ángel que pasa —murmuró una vez junto a su oído, con una risita burlona.

—Cuando todo esté arreglado, esto será un cuarto de trabajo, pero por ahora os podéis quedar. Annie está cerca, pero no os dará guerra. Ahora está muy tranquila —decía la viuda, mostrándole a Jorge lo que ella llamaba el alojamiento para los trabajadores, aunque por ahora solo lo ocupaba Gereon.

—¿Quién es Annie?

Arabella se encogió de hombros. Él mismo lo había preguntado cuando había llegado y había oído hablar de ella, pero había recibido poco menos que respuestas vagas. Una mujer que vivía allí, enferma. No debía preocuparse por ella. No la había visto, pero sí oído. A veces gritaba, pero se calmaba en cuanto Arabella le hablaba.

—Annie es nuestra hada buena —dijo con ironía—. Pero dejemos eso por ahora y hablemos de planes. El material de construcción que pedí llegará mañana y podemos empezar con los trabajos. Espero que descanséis bien esta noche, porque os juro que voy a exprimiros al máximo. Desearéis no haber cruzado las puertas de este maldito antro de perdición.

Jorge rio. Su risa alegre le recordó a la de Miguel.

—Suenas bien, señora, aunque estoy seguro de que la recompensa merecerá la pena.

Ella lo miró con una ceja enarcada.

—¿Y quién dice que habrá alguna recompensa?

Esta vez fue el turno de Gereon el de reír, mientras Jorge maldecía por lo bajo.

En cuanto ella se marchó, dejándolos a solas, Gereon se giró hacia él para interrogarle. Para su sorpresa, Jorge se adelantó. Le agarró del cuello y lo estampó contra la pared, haciendo que todo temblara a su alrededor.

—Maldito cachorro de gusano imbécil, ¿dónde está mi hermano?

Ryan Kavanagh intentó quitarse las botas, pero sus manos resbalaban por el cuero, sin fuerza. Llevaba toda la vida teniendo que quitárselas para no manchar la colcha antes de acostarse. Estaba demasiado borracho y la verdad era que no manchar la colcha era la menor de sus preocupaciones en ese momento.

Rio como un idiota. No, era imposible. Esas malditas botas tenían vida propia.

—Deja eso, cariño.

Una mano fría apartó las suyas y se ocupó de las dichas botas y de algo más.

A Angelique le daba igual que el aliento le oliera a alcohol o que su ropa apestase a vaca y a sudor. Era un hombre, maldita sea. Así era como un hombre debía oler. Antes a Amy todo aquello le daba igual, pero desde que se habían casado no hacía más que gritarle y decirle que no a todo. No me toques, no me mires, no me grites, así no.

—¿Estás muy cansado, querido?

Ryan miró hacia abajo. Los rizos amarillos de Angelique brillaban entre sus muslos. Cualquiera otro día, con solo oír su voz, su polla estaría dura, pero no ese día. Pensar en Amy se la había dejado como un pez muerto.

A pesar de la borrachera, Ryan creyó ver un cierto desprecio en los ojos de la puta. Antes de que se diera cuenta, su mano se había convertido en un puño y ella estaba tumbada boca arriba, con uno de sus insolentes ojos reventado.

No gemía ni lloraba, había aprendido la lección de otras veces.

Ryan no era un hombre paciente. Y, sobre todo, no le gustaba que nadie se riera de él. Había aprendido de su padre que el respeto se imponía desde el primer día. Si no se hacía así, la batalla estaba perdida. Quizá él no había sido bueno para aprender las cuentas ni las letras, como su hermano pequeño, pero eso sí lo había aprendido bien. Lo llevaba en la sangre. En eso era un

Kavanagh.

Se levantó y la miró desde arriba, encogida sobre sí misma. Su polla, ahora sí, dio un salto alegre entre sus piernas.



—Murió. En San Francisco. No sé muy bien lo que pasó, pero murió.

Gereon no podía creer que ese tipo que hacía apenas unos minutos había amenazado con matarle fuera el hermano de Miguel.

No se parecían. Y a la vez sí. Los dos eran atractivos a su modo, aunque Jorge era más alto y delgado, más elegante. También tenía un aire menos oscuro, menos taciturno, como si no estuviera peleado con el destino. Eso no quería decir que no fuera peligroso, como él mismo podía atestiguar. Sin embargo, del mismo modo en que le había atacado, le había soltado con una sonrisa divertida.

—Miguelito siempre fue un idiota soñador. Le ofrecieron el cielo y se las apañó para seguir en el infierno —dijo al cabo de unos minutos, después de escuchar el modo en que había muerto—. Y seguro que todo el tiempo se sintió feliz de haber hecho el bien.

Gereon se sintió un poco ofendido por su tono burlón. Pensó que Jorge debería mostrar al menos un poco de respeto por su hermano.

—No sé si fue feliz. Si lo hubiera sido, no se habría metido en problemas como lo hizo.

Jorge volvió a reír.

—No, muchacho, no empieces a hablar como los curas ni las viejas —dijo, desechando sus palabras con un gesto despectivo—. Miguel siempre estuvo en problemas. Aquí tenía deudas y habría muerto del mismo modo, antes o después. No te culpes. Me temo que nadie hubiera podido hacer nada por él. Al menos no estuvo solo.

Por primera vez vio Gereon cierta expresión de dolor en los ojos del mexicano. Había apartado la mirada y la había fijado en la pequeña ventana. Apenas dejaba pasar la luz, pero era lo único no anodino ni horrible que había allí. Trabajar en ese cubículo debía de ser desesperante.

—Le debo la vida.

No se dio cuenta de que había hablado hasta que sintió la mano de Jorge en el hombro. Fue durante apenas unos segundos, pero fue suficiente. Hacía

tiempo que no sentía algo así, y lo agradeció.

—Una vida que tal vez no conserves durante mucho tiempo en cuanto los Kavanagh sepan que has vuelto. —El contraste entre su gesto y sus palabras fue tan brutal que Gereon no supo cómo reaccionar—. ¡Oh, no pongas esa cara de sorpresa! Yo estaba en casa el día en que ese tipo llegó contigo en la carreta, más cerca del infierno que de la tierra. De ser por mí, ahora mismo estarías bailando en el puchero de Satán —añadió, con un guiño simpático.

Gereon no supo cómo tomarse sus palabras, aunque no pudo evitar sonreír. La sinceridad siempre era bienvenida. Jorge le habló de aquel día, de cómo McQuade había convencido a Miguel de escapar, quizá a San Francisco, y de cómo sabría el momento en que estaría preparado para volver.

—Se supone que estarías maduro para la venganza, como un ángel con espada y el fuego de Dios en los ojos. Todos los justos encontrarían su justa revancha en ti, muchacho. Algo así. Tenía mucha labia ese tal McQuade, casi me convenció a mí —dijo, en tono grandilocuente y burlón—. Reconozco que pensaba que pasaría más tiempo. Aunque lo cierto es que nunca está uno realmente preparado para nada. El destino siempre le pilla a uno sin mudas limpias. ¿Qué más da? Dime al menos que sabes usar eso, porque te aseguro que los Kavanagh no son de los que duermen la siesta.

Gereon miró su dedo, que señalaba el Colt, que colgaba de la cadera como un animal muerto.

—Siempre seré una Donovan —le había dicho el mismo día de la boda, mientras bailaba entre sus brazos, llena de orgullo al saber que todos la envidiaban, que incluso era posible que la odiasen.

Era la más hermosa y la más afortunada de la ciudad.

Era cierto que no había conseguido salir de allí, pero al menos viviría en la casa más grande y tendría a su merced la mayor de las fortunas. Y al marido más guapo.

Ryan había reído. Siempre reía, con aquella risa rápida que le llenaba los ojos de lágrimas. Era guapo, fuerte, valiente y le hacía gracia oír de su boca que les había arrebatado el premio a todas delante de las narices. Sin duda, ese día estaba más feliz que nunca.

—No, cariño, ahora eres una Kavanagh. Así es como deberás presentarte. Mi pequeña Kavanagh.

Amy había sonreído. No había querido replicar delante de la gente que los miraba, pero él no le daría ninguna orden. Llevaría su apellido porque así lo exigía la ley, pero ella jamás sería una de ellos. No sería como la madre de Ryan, sumisa y estúpida, con los ojos vacíos, temblorosa como un conejo, encogida sobre sí misma. ¿Por qué no se erguía, y presumía de todo lo que poseía? ¿Acaso no escuchaba lo que decían a su espalda? Oscar planeaba internarla. En su lugar, ella gritaría que no estaba loca. No comprendía cómo podía haber nadie tan pusilánime en el mundo.

Ahora los días de bailes y encajes de boda habían quedado atrás. Ryan la había mimado unas semanas, pero se había aburrido pronto del trámite de volver cada noche a su cama y tener que parecer maduro. Y lo peor de todo era que le daba igual que todo el mundo se hubiera dado cuenta de que ella no le bastaba.

Cuando escuchó el chirriar del cuchillo en la porcelana, se dio cuenta de que estaba sosteniendo el cubierto con demasiada fuerza. Eunice Kavanagh dio un respingo, pero no levantó la mirada de su plato, como si temiera moverse y



despertar la ira de su marido. Rory, en cambio, la miró durante unos instantes, con tanta insistencia que Amy estuvo a punto de lanzarle algo para que apartase los ojos de ella.

Ese maldito cretino. Siempre creía que era mejor que todos los demás, solo porque había estudiado en la universidad y leía en otros idiomas. Sin embargo, allí estaba, como todos los demás, sin posibilidad alguna de escapar. Recordaba sus manoseos torpes en los bailes y detrás del granero. Su rabia porque nunca le había escogido a él primero, porque siempre era su última elección.

Entreabrió los labios y sacó la lengua. Se los acarició con la punta, muy despacio. Notó al instante cómo su mirada se centraba en aquel minúsculo trozo de carne.

Rory no la atraía especialmente. Aunque era atractivo, como todos los Kavanagh, su blandura la repelía. Había algo en él, una especie de indefinición, que le ponía los pelos de punta.

Ryan, con su crueldad y su forma directa de despreciarla, al menos era de fiar. Todavía cuando la tocaba, la calentaba, era capaz de hacerla gritar de deseo.

Sintió un enorme placer cuando lo vio levantarse con torpeza de la mesa, sin escuchar a su padre que le ordenaba volver.

Amy Donovan Kavanagh se aburría, pero era posible que hubiera encontrado un nuevo juguete.



Arabella todavía no había tenido tiempo de buscar a un doctor en quien confiar, pero no podía esperar demasiado.

Aquella noche había sido terrible. Había soñado con cosas que había creído olvidar. Su madre le había hablado, reclamándole su viejo anillo, su padre le había mostrado la mano de cartas con la que la había perdido, encogiéndose de hombros, con aquella sonrisa triste que les regalaba siempre, como si eso lo solucionara todo. La suerte era así, parecía decir, y ella debería haberse dado cuenta ya de eso.

Debía de ser aquel lugar. La suciedad se metía en el alma, ella lo sabía bien.

Salió muy temprano por la mañana. Los chicos ya habían empezado a

trabajar y no hicieron preguntas cuando la vieron salir. No había conseguido más que a aquellos dos, William y Jorge. Nadie más se había acercado, ni siquiera por curiosidad. Tendría que ser suficiente, aunque tardarían siglos en acabar los trabajos. Estaba claro, ahora lo comprendía, que a veces el dinero no era suficiente, al menos en su caso.

Señor Wang, Chang, Li. En todas las ciudades, grandes o pequeñas, hay hombres así. Aunque, oficialmente, el gobierno había prohibido el comercio de opio con China, porque el consumo de drogas estaba empezando en convertirse en un problema de salud, los chinos seguían siendo los mejores proveedores de opiáceos. Además, también eran los más discretos.

No le costó, tras preguntar a un par de personas, encontrar el barrio chino. Como a todas partes, los chinos habían llegado a Fort Worth con la construcción del ferrocarril, y se habían quedado para siempre. Habían creado pequeños comercios y lavanderías, vendían los mejores y más fiables medicamentos, aunque pocos reconocían usar sus servicios. Para muchos blancos, los orientales ni siquiera eran humanos.

Pero, sobre todo, era por el opio que acudían a ellos.

Fang, le habían dicho.

Le costó encontrarlo. Los pocos carteles que había en las tiendas estaban escritos en chino. Además, cada vez que intentaba parar a alguien para preguntar, la evitaban. No querían tratos con blancos, y no les faltaba razón para rehuirles.

Al final, supo a dónde tenía que dirigirse siguiendo a un hombre de aspecto elegante que caminaba como si todo lo que le rodease fuera un espejismo. Cuando llegó a su altura, él la miró un instante. Ella se reconoció en sus ojos. No lo necesitaba, debía repetirse a sí mismo cada día. Solo quería dormir, poder pensar sin que las voces le atormentasen.

Cada uno apartó la mirada del otro, respetando su silencio.

La tienda del señor Fang no podía distinguirse de las otras por nada en especial. Estaba construida con la misma madera vieja que su propio burdel, aunque estaba bastante más limpia. En el interior había una luz mortecina procedente de lámparas de aceite y braseros, y estaba envuelta en un olor dulzón que mareaba.

Arabella nunca había fumado opio, pero reconocía el aroma. Procedía de detrás de una cortina de seda roja custodiada por una mujer diminuta que la miró fijamente durante un par de minutos, como si quisiera memorizar su imagen. Tras ese tiempo, apartó los ojos y los fijó delante de ella, en el vacío,

como si aquello fuera un local social cualquiera donde todos respetasen la intimidad del otro, su derecho a la privacidad.

No había ningún mostrador ni mesa enorme, sino un hombre de su misma edad, o eso pensó, sentado a una mesita lacada, que sorbía té mientras leía el periódico. Vestía a la moda occidental y no parecía interesado en las dos personas que acababan de entrar.

—Señor Fang —dijo el hombre al que había seguido, con la voz quebrada justo al final—. Señor...

Fang levantó la mirada hacia él. En ese momento Arabella ya no estuvo segura acerca de lo de la edad. Podría ser veinte años mayor que ella o más joven, pero era muy atractivo, tal vez el hombre más guapo que había visto jamás.

El chino hizo un gesto hacia la cortina y la mujer diminuta la separó. El caballero elegante desapareció tras ella, casi corriendo, tras una reverencia tan exagerada que Arabella habría reído en otras circunstancias.

Permaneció en silencio, sin saber cuál era el protocolo a seguir en un caso así. Supuso que mostrar sus encantos quedaba descartado.

—Arabella DuPont —dijo él de pronto, con una voz suave y una sonrisa encantadora—. Me han hablado mucho de usted. Y nada bueno.

Arabella había aprendido a lo largo de los años que no era bueno que los demás vieran cuándo la habían cogido con la guardia baja.

Durante el tiempo que había vivido con André, se había acostumbrado, lo reconocía, a un tipo de vida que no había conocido jamás. A veces hasta salían a cenar a restaurantes en los que jamás había soñado entrar antes. Allí, los camareros la atendían y la llamaban señora, y le servían langosta y champán, como a las otras mujeres, sin medir su escote con la mirada. No se diferenciaba de las demás, y eso era tranquilizante. Solo en los garitos de juego volvía a ser la fulana de André.

Lo mismo había pasado justo antes de llegar a Fort Worth, durante el viaje en tren. Había sido una viuda, una mujer oscura y normal, y la habían dejado tranquila. Nadie la miraba dos veces y le hablaban con respeto.

La mirada del señor Fang, o Fang, no sabía muy bien cómo debería dirigirse a él en caso de tener que hacerlo, se había clavado en su dedo, donde el anillo demasiado grande bailaba. De pronto recordó que no se había puesto los guantes. Una dama jamás habría olvidado un detalle semejante.

Pero tú no eres una dama, Belle, pensó. Y allí todo el mundo lo sabía. La máscara de respetabilidad había vuelto a caer.

—No sabía que mi nombre circulase por ahí. Solo soy una pobre viuda.

Demasiado a la defensiva, demasiado ofendida. Los ojos de Fang abandonaron su dedo y volvieron a su rostro. Sonreía. Un colmillo de oro brilló a la mortecina luz de las lámparas de aceite.

—Si fuera usted una pobre viuda a secas, no sería la comidilla de la ciudad. Pero créame que le estoy haciendo un cumplido. Este sitio era muy aburrido hasta que usted llegó. Solo ahora empieza a ser... excitante.

Arabella pensó que lo último que quería era recibir cumplidos del hombre que la proveía de láudano. No quería tener que buscar a otra persona, si es que la había. Tener que volver cada vez y sentir esa mirada sería... Ese hombre era extraño y, por primera vez en su vida, no sabía cómo actuar.

Sintió que la espalda se le empapaba de sudor. Hacía tanto calor allí que no comprendía cómo él podía estar tan cómodo, vestido de punta en blanco y sin mostrar ningún tipo de incomodidad. De vez en cuando daba un sorbo a su taza. De pronto pensó que no le había ofrecido ni asiento ni bebida. De haberlo hecho, tampoco sabía si lo habría aceptado.

Y tampoco apartaba la mirada de ella, como si le agradase ver cómo su incomodidad aumentaba a cada segundo.

De vez en cuando, la mujer china desaparecía detrás de la cortina de seda y volvía a reaparecer. La miraba unos segundos y volvía a apartar la mirada, como si no hubiera pasado el tiempo o le diera igual.

—Yo... necesito... —dijo al fin. No podía esperar a que él diera el paso. Era evidente que no iba a hacerlo. Era ella la que lo necesitaba, claro. Era ella la que le había buscado, parecían decir sus ojos.

La sonrisa de Fang se agudizó al escucharla. Su colmillo de oro volvió a brillar, más agudo que antes.

—¿Cuántas gotas está tomando, señora DuPont? —Hablaban apenas sin acento y con dulzura, como si estuvieran tratando de la calidad del algodón.

—Doscientas, a veces algo más.

Fang se volvió hacia la mujer y le dijo algo en un susurro que no pudo comprender. Ella no la miró, pero volvió a desaparecer tras la cortina. Cuando volvió, llevaba en la mano un paquetito envuelto en seda.

Arabella sintió que el pulso se le aceleraba, aunque se obligó a no mostrar su reacción. Miró a Fang y asintió con la cabeza.

—Gracias, señor Fang.

Él extendió una mano y la mujer puso el paquete en su mano.

Fang lo miró unos instantes antes de volver a mirar a Arabella otra vez. Esta vez no sonreía.

—A veces hay que matar las voces en lugar de contentarse con adormecerlas, señora DuPont. —Su sonrisa reapareció y se puso en pie para ofrecerle el envoltorio. Tomó su mano y le cerró los dedos sobre él—. No le diga a nadie que a veces me dan estos arrebatos tan... románticos. Sería contraproducente para el negocio.

Sin decir nada más, Fang desapareció detrás de la cortina de seda. Arabella, desconcertada, se quedó a solas con la mujer, que se acercó y le tiró de la falda, balbuceando en mal inglés el precio de láudano.

Pagó y volvió a salir a la luz sin saber muy bien si Fang le había tomado el pelo o la había advertido, si había intentado seducirla o se lo había

imaginado.

Inspiró hondo y, más segura, reemprendió el camino a casa.

Cuando pensó en la combinación de palabras que había creado su mente, rio. Casa. No podía creer que su cabeza considerase hogar a aquel repugnante lugar. Aunque todo era posible, teniendo en cuenta de dónde venía. Al menos aquello le pertenecía. O lo haría, si de verdad fuera la viuda de André DuPont.



Fang dio una patada a uno de los hombres que había tirados en el suelo. El tipo gimió, pero no se movió. Era posible que aquellos despojos fueran los que le habían hecho rico, pero a la vez no podía evitar despreciarles. Consideraba que tomar opio y otras sustancias era mancillar el cuerpo y el alma, lo cual no impedía que las vendiera a otros y enriquecerse a su costa.

Pensó en la mujer que acababa de salir de la tienda.

Decían que era una vulgar ramera y que iba a traer el pecado a la ciudad, como si Fort Worth hubiera estado limpia de ella hasta el día en que ella lo pisó.

Los Kavanagh la estaban demonizando allá donde iban. Habían hecho que los curas lanzaran sermones contra ella en las misas, habían conseguido que los borrachos prometieran que no pisarían su burdel cuando estuviera en funcionamiento, e incluso se rumoreaba que habían obligado a la competencia a pagar más a sus putas para que no se les ocurriese largarse a trabajar para ella.

Lo mejor de todo era que ella ni siquiera era consciente de todo aquello.

Los Kavanagh, cualquiera sabía por qué, la habían tomado con esa mujer, haciéndola tan popular que casi todo el mundo, a esas alturas, debía de haberle puesto en su imaginación dos cuernos y un tridente, como en los dibujos que hacían los blancos de su diablo.

Bien, era posible que los Kavanagh tuvieran razón en algunas cosas, pero en una estaban equivocados, Arabella DuPont no tenía nada de vulgar.

En su mente, Gereon se vio volviendo su Colt hacia Jorge y disparando una, dos, tres veces.

—Por suerte para mí, no acertarías ni una sola vez —dijo el mexicano, leyendo su pensamiento.

Aprovechaban las primeras horas del día, justo al amanecer. Salían de la ciudad y Jorge le sermoneaba acerca de técnicas, puntería y ardor guerrero.

—Debí imaginar que ocurriría algo así —decía—. Miguel siempre fue idiota y murió como un idiota. Y lo peor de todo es que tú morirás como un idiota también en el mismo instante en que te presentes delante de los Kavanagh.

Gereon pensaba que lo peor no era saber que no era capaz de acertar a ni una sola de las latas que colocaban sobre las peñas cada mañana nada más llegar, por cerca que estuvieran. Ni siquiera lo era el dinero que le costaba la munición malgastada. No, lo peor era tener que aguantar a ese hombre riéndose de él todo el tiempo. Y con razón.

Cada vez más frustrado, su guardia bajaba y le costaba más mantener la postura, apuntar, concentrarse en el blanco.

—Eres impaciente, descuidado y torpe. Si sigues así, tendrás que tomar la decisión de marcharte o suicidarte para no tener que soportar la vergüenza.

Gereon apretó los dientes y maldijo para sí en alemán.

—Guarda tu furia para ti, muchacho. Con malas palabras nadie llegó demasiado lejos —replicó Jorge con tono santurrón.

Volvió a mirar las latas, todavía intactas.

De pronto Jorge se colocó a su lado. Había estado sentado en una de las rocas, justo al lado de esas mismas latas, demostrando la poca confianza que tenía en su puntería.

Sacó su propio revolver y lo sostuvo ante sí, aunque no disparó.

—Mírame e intenta imitarme.

Su tono ya no era burlón, sino serio.

Gereon guiñó un ojo. El sol empezaba a cegarle. Le hubiera gustado poder reírse de Jorge, como el mexicano hacía con él, pero no podía hacerlo, porque lo cierto era que lucía un aspecto peligroso y letal que él no podría imitar jamás, aunque quisiera.

Levantó el Colt, que empezaba a pesarle tras la hora de entrenamiento. Aunque el brazo le protestaba, trató de colocarse igual que Jorge, con un pie un poco adelantado y el brazo recto, pero no rígido, el índice en el gatillo y el pulgar en el percutor.

—Piensa en esos hombres, William, pero no con odio. El odio puede ser útil en ocasiones, pero no cuando uno tiene que cumplir una venganza. Si actúas con ira, cometerás estupideces y te olvidarás de contar a los enemigos y las balas que te quedan. Respira hondo. Apunta. Amartilla. Dispara.

Los dos lo hicieron al mismo tiempo. Jorge acertó a una de las latas de la esquina. Salió volando y aterrizó varios metros más allá, con un sonido metálico que le hizo reír.

Gereon solo rozó la suya, pero se sintió satisfecho. Era la primera vez que le acertaba a algo.

Sintió una palmada en el hombro.

—Bien, pensaba que eras un caso perdido. Vuelve a la ciudad, yo tengo cosas que hacer. Dile a la viuda que no se preocupe por mí. Antes de que me eche de menos, habré vuelto. Aunque, si lo pienso, igual me conviene que me eche de menos. Es guapa la mamacita.

El caballo que montaba Jorge todavía estaba marcado con el hierro de los Kavanagh. Estaba convencido de que iba a informarles en ese mismo momento. Fuera lo que fuera que hacía para ellos, no había conseguido reunir el valor para preguntárselo.

No podía negar que Jorge le caía bien, pero no le comprendía.

¿Cómo podía alguien trabajar para los Kavanagh y ayudarle a vengarse de ellos al mismo tiempo? En cuanto a la viuda, tampoco entendía qué pretendía con ella. Sabía que los Kavanagh no la querían allí, pero no sabía por qué podían haber mandado a un hombre como Jorge a espiarla.

Cuando hablaba de Miguel, no sabía si le tenía rencor por haberle dejado allí o solo sentía lástima porque al final no había conseguido nada de lo que había soñado. Jorge jamás hablaba de sus sueños, si es que los tenía. Tampoco tenía demasiado claros sus sentimientos hacia los Kavanagh.

En todo caso, ojalá no sintiera que le debía algo.





—¿Dónde diablos está ese mexicano vago? No le pago para que esté por ahí paseando ni echando la siesta.

Arabella no había preguntado dónde pasaban todas las mañanas. Si sentía algún tipo de curiosidad, no lo manifestaba. Cuando llegaban, ella estaba sentada a su mesa favorita, tomando un café y mirando hacia la puerta, como si esperase la visita del demonio. Y tal vez así fuera.

A su alrededor, todo había mejorado bastante desde que había llegado. La barra nueva lucía con todo su esplendor, aunque quedaría todavía mejor cuando recibieran el espejo que había encargado. El suelo estaba en proceso de cambio. Había un agujero enorme en medio del salón que todos se obligaban a recordar, aunque lo hubieran cercado con sillas. En cualquier momento llegarían también los muebles y un piano de San Francisco.

Como decía Arabella, lo único que faltaban allí eran clientes y chicas que los sirvieran. Y, muy pronto, dinero.

Si aquello no funcionaba, habría tirado todo su capital en un agujero sin ninguna posibilidad. De entre todo lo que podría pasar, el haberse engañado a sí misma pensando que aquello podría funcionar sería la peor circunstancia.

Aunque, de peores había salido, tenía que reconocerlo.

Ahora que dormía bien, todo aparecía ante sus ojos de otra forma, como velado de oro. Incluso había bajado un poco la dosis de láudano. Con mano temblorosa, contaba las gotas cada noche, pensando cuánto toleraría, si tendría que levantarse a medianoche para tomar un poco más.

Quería pensar que no había sido por las estúpidas palabras de Fang. Que un hombre que se dedicaba a vender opio se atreviera a dar consejos como ese a sus clientes, era el colmo de la hipocresía.

Sí, tendría que buscar a otro vendedor. Seguro que en una ciudad como esa había decenas de hombres que se dedicaban a ello. Y, si acababa quedándose en Fort Worth, podría buscar a un médico de confianza que se encargara de sus migrañas y su insomnio.

—¿Y el otro tipo?

Jorge miró a Oscar Kavanagh y se encogió de hombros. Los tenía un poco adelantados y la cabeza gacha. Aparentaba un aspecto servil, allí parado sobre aquella diminuta alfombra, a un metro escaso de la entrada de servicio.

Kavanagh jamás le habría permitido cruzar la entrada principal, manchar el pulido suelo de madera, ni las alfombras buenas con sus botas pobres, sucias de barro y mierda. Incluso allí de pie, sin atreverse a moverse apenas, tenía la sensación de que su mirada fría le repelía hacia atrás, hacia la salida.

—Es un muchacho de San Francisco que ha venido a probar suerte aquí. Se llama William... algo. Ni siquiera recuerdo su apellido.

Kavanagh se colocó los dedos en el cinturón y abrió las piernas. Por un segundo pensó que había adivinado que le mentía. Sintió su mirada fija en él. Se obligó a no bajar más la mirada, a mantenerse firme. Sabía que era rápido, que podía correr más que el viejo. Pero había dejado su arma fuera y no podría salir vivo del rancho. Sus hombres se encargarían de destrozarle. Y él miraría, como siempre, sin necesidad de mancharse las manos. Y pensaría que había impartido justicia.

—¿Y la puta?

Jorge se relajó. Emitió la risa que el otro esperaba. ¿Qué hombre no se reía cuando hablaba de mujerzuelas?

—Todavía cree que ganará, señor. Está gastando una fortuna en el local. La verdad es que nos estamos dejando la piel en dejarlo bonito.

Oscar rio ante su tono orgulloso.

—Bien, no me enfadaré por tus esfuerzos ayudándola, porque al final ese sitio será mío, chico —respondió, en un tono condescendiente que le hizo apretar las mandíbulas—. Será mejor que vuelvas, no vaya a ser que sospeche.

Su tono burlón hizo que Jorge sintiera aún más desprecio por él. ¿Por qué todos los hombres poderosos eran matones despreciables? No era por sus méritos que lo lograban todo, sino porque los demás les dejaban vencer, por

pusilánimes.

Sí, incluso él le dedicaba reverencias a ese cretino antes de largarse, arrastrando el sombrero por ese suelo tan limpio que podría comer en él, en el caso de que se lo permitieran.

Oscar Kavanagh se creía invencible, esa era su única debilidad. Mientras tanto, sus cachorros eran maleducados y estúpidos, y se apareaban con serpientes. Ni siquiera podían mantenerse si no era a su sombra. En cuanto él faltase, todo su imperio desaparecería.

Mientras montaba, se permitió fantasear con que él era el que derribaba al gigante y a sus acólitos. Se lo había prometido el día en que había arruinado a su familia y se había quedado con sus tierras, como había hecho antes con las de Gereon y muchos otros. Ahora muchos hombres estaban muertos o trabajaban para él. Otros se habían largado con su vergüenza a rastras, deseando poder olvidar, soñando, como Miguel, con vengarse un día.

Le gustaba pensar que alguien lo lograría, aunque, para ser sincero consigo mismo, le daba igual quién fuera. Solo quería verlo muerto y poder escupir sobre su cadáver.



Gereon soñó con su madre aquella noche.

Le acariciaba el pelo y le cantaba una de aquellas nanas que le tanto le gustaban cuando era niño. Alejaban a los monstruos y atraían los buenos pensamientos, decía su madre. Hablaba de ángeles, de los santos, y de la Virgen. Todos ellos le arroparían y no sufriría más.

Casi podía olerla. No era como el olor de su infancia, a tarta de manzana y a ella. Pero daba igual, era su olor.

Le despertó el ruido de alguien amartillando un arma.

Se levantó de un salto, buscando su Colt bajo la almohada. A esas alturas ya disparaba con bastante acierto a la mitad de los blancos, aunque fallaba cuando estaba cansado, haciendo que Jorge resoplara, a medio camino de la resignación y de la vergüenza. A oscuras, estaba convencido de que no suponía ningún peligro para un posible atacante, pero eso no lo sabía la persona que había entrado en su cuarto.

—Había alguien aquí.

La voz de Jorge sonaba ronca por el sueño. Sin embargo, el mexicano

estaba levantado y junto a la puerta entreabierta, con el arma a punto y listo para un posible ataque.

—Yo no he visto a nadie.

Jorge rio, bajito y con suavidad. Dejó el revólver sobre la cama y se agachó para calzarse.

—Tú serías incapaz de escuchar a todo un regimiento de yanquis si entrasen con caballos y todo. Hace un rato murmurabas en alemán como un gatito. Casi te lanzo una bota para que te callaras.

Gereon no se molestó por sus palabras. Miguel también decía siempre que hablaba en sueños. No podía negarlo, porque no se escuchaba.

—¿Crees que ha entrado alguien de verdad?

—Tan seguro como que te estoy viendo ahora mismo. Voy a comprobar si las puertas y ventanas están cerradas. Puedes quedarte, si quieres.

Gereon negó con la cabeza.

—Ya no podría dormir, aunque quisiera.

No dijo que prefería no volver a soñar con su madre. Cuando despertaba siempre le quedaba una sensación agri dulce, de no haber cumplido su deber.

Todavía no había averiguado dónde estaba enterrado su cadáver. Nadie recordaba cosas que habían ocurrido hacía casi cinco años. La ciudad parecía otra y nadie se acordaba de una mujer alemana muerta. De hecho, ni siquiera había averiguado si de verdad había muerto. Pero, si no estaba muerta, ¿dónde estaba?

Angelique deseó que su cuerpo no se encogiese de temor cada vez que oía la voz de Ryan Kavanagh en el salón.

Hacía unos meses había envidiado a Lola, que podía comprar ropa nueva y se pavoneaba con sus vestidos de seda y sus joyas. No se había fijado en las marcas que Ryan le dejaba. ¿Quién no había sufrido alguna vez el trato demasiado cariñoso de algún cliente borracho? Eran gajes del oficio, se decían. Todas eran expertas en curar heridas y en ocultar marcas. Había doctores que ganaban pequeñas fortunas atendiendo a las putas de los diversos burdeles de la ciudad.

Luego Ryan se había cansado de Lola, como le había ocurrido con todas. Le gustaban frescas, divertidas. Se decía que hasta lo había hecho de su esposa, la hermosa Amy Donovan. Los motivos nadie los sabía. Solo que se habían casado y al poco ya no la tocaba.

Y se había fijado en ella. Por fin.

Ahora, cada vez que escuchaba su voz, se encogía sobre sí misma, como si así pudiera desaparecer.

No era solo que fuera violento. Muchos hombres lo eran. Ryan Kavanagh disfrutaba golpeándola, viéndola arrastrarse. Quería que suplicara, que llorase, aunque jamás se lo pedía. Las cosas no funcionaban así con esa clase de hombres. Ellos no solían pedir nada. En todo caso, daba igual. Ella lloraba y suplicaba. Por Dios, no había problema con eso.

Peggy Mae, se decía, este es tu destino, para esto te criaste. Eres como una vaca que solo sirve para dar placer a un toro semental. Y pronto se cansará de ti, en cuanto te vea algún defecto. Solo le gustan frescas y divertidas. Divertidas, por Dios Santo. Que se canse pronto, por favor...

Nadie le había preguntado jamás su nombre real, aunque casi ninguno de los que se perdían entre sus piernas sabía pronunciar el apodo francés que le habían puesto en la casa donde la habían contratado a los quince.

Angelique. Se lo habían puesto porque, por entonces, al señor Basil le

había parecido que tenía un rostro angelical y un pelo del color de la pelusa del maíz que les encantaría a los palurdos. Además, creía que a todos les volvían locos las francesas, y tal vez tuviera razón. Ahora apenas quedaba nada de aquel rostro. Peggy Mae había muerto hacía mucho tiempo.

—Tengo algo que pedirte, y seguro que no podrás negármelo, porque me quieres, ¿a que sí, cariño?

Era increíble que la hubiera atrapado así, con lo grande que era. Era sigiloso como las alimañas.

Solo podría matarle mientras dormía.

Ese pensamiento le aceleró el pulso y le coloreó las mejillas.

Por suerte, él se tomó su sonrisa como una afirmación a sus palabras. La levantó entre sus brazos y dio un par de vueltas con ella por la habitación.

—Eres un salvaje. Suéltame.

Ryan reía. Seguro que consideraba sus órdenes ridículas, como las de una mosca que lucha contra un elefante.

—Solo si me prometes que obedecerás. Mi padre te compensará.

Por primera vez en su vida, Angélique sintió interés por algo que Ryan pudiera ofrecerle. Dejó que su cuerpo resbalase contra el suyo y dejó que su sonrisa bailase todavía en sus labios mientras escuchaba.



Rory la oía cada noche, cantando a través de la puerta de su dormitorio, como una sirena que trataba de atraerle hacia las rocas.

Aunque tal vez no fuera a él al que trataba de atraer, y solo tratase de entretenerse mientras esperaba a Ryan.

Amy no estaba hecha para vivir en un lugar como aquel, sin alicientes y sin poder ver a nadie en todo el día, aparte de ellos. Y, sobre todo, sin poder dejarse ver. Cada día aparecía vestida como una reina inútilmente, porque nadie lo apreciaba. Su marido no la miraba y su suegro bufaba ante el dinero malgastado en trapos.

Incluso le perdonaba que tratase de entretenerse jugando con él. A pesar de que no era una niña, a veces se comportaba como tal.

Era posible que pensase que era imbécil y que no se daba cuenta de lo que trataba de hacer, pero era más divertido cuando había dos jugadores en lugar de uno.

Cuando eran más jóvenes había intentado llamar su atención y ella le había ignorado muchas veces. Ahora era al revés. Era justo que ella supiera lo que se sentía cuando la frustración quemaba las venas.

Sonrió al llevarse la rosa que acababa de cortar del rosal de su madre a la nariz. La dejó justo ante su puerta. Los canturreos cesaron durante un instante cuando Amy notó sus pasos, aunque volvió a cantar cuando le escuchó alejarse.

Todavía no.



Liam McQuade siempre se había considerado un hombre paciente.

A lo largo de su vida, cientos de hechos le habían demostrado ese hecho. Había esperado durante años a que una raza de vacas se hiciera la dueña de las praderas, por encima de todas las demás. Había esperado a que el ferrocarril al fin llegara a Fort Worth, haciendo que un estilo de vida cambiara para siempre. Habían cambiado el curso de un río para poder regar el rancho. Había ayudado a Kavanagh a adueñarse de todo lo que podía alcanzar con la vista, y mucho más. Más de lo que podía llegar a imaginar. Y todo ello sin recibir jamás una recompensa, más allá de su salario.

Todo eso no le había importado. Dios le compensaría en el cielo por sus esfuerzos.

Sin embargo, que ese maldito muchacho siguiera sin hacer nada...

Le había dejado todas las pistas, las balas, y no había movido un solo dedo.

¿Qué más necesitaba?

Elevó los ojos al cielo y rezó entre dientes.

Sí, los caminos del Señor eran inescrutables, y solo Él podía saber cuándo abrir el sendero de la iluminación a aquellos que estaban perdidos.

Se hacía tarde. Quizá empezaba a llegar la hora en que se abrieran caminos alternativos.

—Esto ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí. Es... bonito.

Arabella fingió que verlo allí, sentado a la misma mesa donde ella lo hacía cada día, no la había sobresaltado. De todas formas, supo por su sonrisa que no había conseguido engañarle. Aquel colmillo de oro brilló durante unos instantes antes de desaparecer. Sin embargo, la sonrisa no se borró del todo.

No había vuelto a ver a Fang desde aquel día en que había visitado el barrio chino, hacía dos meses. Desde entonces, había encontrado un médico que le vendía un láudano aguado a un precio exorbitado, pero que no le soltaba sermones ni la miraba como ese maldito hombre en ese momento, como si comprobase que estaba entera.

No iba a preguntarle cómo había entrado, a pesar de que apenas había amanecido y se suponía que los chicos habían cerrado todo a cal y canto después de asegurar que oían pasos durante la noche.

Un tipo como él debía de tener sus métodos, como ella misma.

—¿Puedo ofrecerle un café?

—Será un placer.

La madera nueva crujió bajo sus zapatos. También lo haría si él la siguiera a la pequeña cocina que había en un rincón tras la barra.

Arabella sonrió para sí. No, no la seguiría. Había ido hasta allí, y ya era suficiente. Casi demasiado.

—Todavía no he contratado a ningún cocinero. Supongo que no podrá usted aconsejarme acerca de eso también —dijo, con tono burlón.

—Lo haría si fuera usted a escucharme.

Cuando habló, su voz sonó justo detrás de ella. La madera no había crujido bajo sus pies.

Arabella pensó que debía tenerle miedo, que debía buscar un arma, pero no lo hizo. Esperó a que el café estuviera listo y lo sirvió en dos delicadas tazas.



—He obedecido a los hombres toda mi vida y eso no me ha traído nunca nada bueno.

Aún de espaldas, pudo imaginar su diente de oro brillando. Sí, sin duda era gracioso. Justo él era el hombre a quien más debería temer, porque era el que menos miedo le daba.

—Yo no quiero que me obedezca, Arabella. Eso sería muy aburrido.

Ella sonrió y se volvió hacia él. Le tendió una de las tazas, atajando todo posible acercamiento.

—El aburrimiento es seguro, señor Fang.

—El aburrimiento significa confianza. No quiero que se fie de nadie. Esta ciudad está podrida.

Arabella probó el café. Ardía, y el vapor le impidió verle durante unos segundos.

—Esas palabras, viniendo de usted, son bastante irónicas.

Él se tomó el café de un sorbo, sin dar muestras de que le molestara lo caliente que estaba. Dejó la taza a un lado y se apartó un paso. No supo si le había molestado con sus palabras, pero Arabella tuvo la sensación de que todo posible acercamiento sería imposible ahora.

—Puede seguir pensando que soy el hombre que supone un mayor peligro para usted, si eso la hace más feliz, pero eso no lo hará real. —De pronto, como a su pesar, bajó la cabeza en un saludo y en un gesto de rendición—. Luego mandaré a Mei Mei con una botella. Lo que toma no le sienta bien. Es un regalo, no me dé las gracias.

Esta vez las tablas chirriaron a su paso, como si protestaran por su marcha. A Arabella le dio igual. O eso se obligó a pensar.



El abrevadero de John no era tan bonito como el burdel donde había estado trabajando, pero había que reconocer que tampoco había sido nunca un lugar que destacase en nada. Era pequeño, oscuro, y ni siquiera estaba ubicado en el mejor sitio de la Media Milla del Infierno. Sin embargo, bien mirado, la viuda había hecho un buen trabajo. Cuando estuviera terminado, sería bonito y agradable, que era más de lo que eran la mayoría de los sitios donde había estado.

Angelique se ató bien el chal y se obligó a no mirar como una palurda a

su alrededor. Salía pocas veces y, cuando lo hacía, se sentía siempre como una niña. Todo era nuevo para ella, aunque fuera feo y oliera mal. En este caso no era así. Las cortinas nuevas, rojas y sedosas, eran preciosas, y las lámparas doradas debían de dar buena luz cuando estaban encendidas. Sintió curiosidad de ver cómo eran los cuartos de arriba. ¡Si hasta había un piano! Nunca había visto uno tan nuevo. Era una lástima que todo estuviera tan vacío.

Según Ryan, la viuda estaba desesperada por contratar putas. En cuanto la viera, saltaría de alegría.

—Aunque no es viuda. Es una puta como tú.

Angelique se había obligado a sonreír. Ryan lo había dicho como si aquello fuera gracioso. Si él lo pensaba, debía serlo.

Pero, a pesar de lo arreglado que estaba, el local estaba casi vacío. Solo había dos hombres sentados, hablando de armas. Los había visto antes. Eran los que se habían encargado de los trabajos de reforma. Ahora que ya estaba todo hecho, no sabía qué hacían allí. Uno de ellos, el rubio, la miró fijamente durante unos instantes, y luego apartó la mirada, sonrojado. Había adivinado lo que era. El otro, en cambio, le lanzó un silbido que ella agradeció con una reverencia.

—Busco a la viuda DuPont. Dicen que busca chicas.

—¿Te has cansado de Pete, preciosa? —preguntó el mexicano guapo con descaro—. Creía que eras su mejor puta.

Angelique estuvo a punto de salir corriendo al ver que la habían pillado, pero alguien la tomó del brazo y tiró de ella para ayudarla a sentarse en una silla.

—Calla, idiota. ¿Acaso no tiene una chica guapa y lista derecho a buscar suerte en un lugar mejor? —dijo una mujer de piel oscura y pelo recogido en un moño alto. Sonreía, pero sus ojos la evaluaban como el mejor comerciante de ganado. Vestía de negro y no se inmutaba por la risa del mexicano—. Veamos, muchacha, cuéntame qué te ha traído a mi casa.

Angelique pensó en lo que le había dicho Ryan sobre esa mujer. Una puta estúpida que no sabía dónde se metía, había dicho. Pero no, podía ser cualquier cosa, pero no era estúpida.

Trató de sonreír, pero temió que el temblor de sus manos delatara sus mentiras. Cuando acabó de hablar, Arabella DuPont se recostó en su asiento y chasqueó la lengua. Giró un poco la cabeza hacia la izquierda y rozó su pómulo, donde todavía se veía la marca del golpe que le había dado Ryan hacía semanas. El hueso se le había quedado un poco hundido y todavía dolía.

—Deben de considerarme o muy tonta o muy peligrosa —murmuró la viuda para sí, con una sonrisa extraña y dulce—. En todo caso, no voy a negar que agradezco su regalo. Bienvenida a mi casa, Angelique.

—¿Llevas algo debajo de esas faldas para mí, muchacha?

Amy sintió que sus manos temblaban, pero se negó a que su rostro mostrase el asco que sentía hacia su suegro. Ese maldito viejo de verdad creía que ella era poco más que una vaca o una yegua. Ni siquiera eso. A los animales los trataba mejor.

Las otras dos personas que estaban sentadas a la mesa ni siquiera se inmutaron por sus palabras. Eunice miraba a su plato con una fijeza digna de la mejor obra de arte. Rory, en cambio, la miraba a ella, como esperando que se derrumbara, o quizá todo lo contrario. Lo cierto era que no sabía qué esperar de él. Cada vez que pensaba que lo tenía en la palma de la mano, se le escurría como una pastilla de jabón demasiado mojada.

—Para eso —respondió, tratando de mantener la calma—, su hijo tendría que venir a mi cama alguna vez, señor.

Oscar Kavanagh tal vez no esperaba su respuesta, y lo más probable era que ni siquiera esperaba que hablase, porque la miró como si su propio sombrero le hubiera replicado.

Sin embargo, se repuso pronto. Una sonrisa condescendiente asomó a sus labios, haciendo que le recordara por unos segundos a su hijo mayor. Debía de haber sido apuesto en otros tiempos, pero la edad y la bebida comenzaban a hacer estragos en él. En poco tiempo, Ryan sería como él, si los excesos no se lo llevaban antes.

—Le pagué mucho dinero a tu padre por ti. Él me aseguró que me darías una buena camada, y todavía no he visto ningún tipo de resultado.

Amy dejó los cubiertos a cada lado de su plato y apoyó los codos sobre la mesa, como él mismo había hecho. Aquel era un gesto que ninguna dama que se preciase haría jamás, pero allí no se trataba de ningún asunto propio de damas, así que daba igual.

—Creo que tendrá que tener esta charla con su hijo si quiere tener cachorros, señor Kavanagh.

Su suegro enrojeció. Era muy probable que nadie le hubiera hablado así jamás. Eunice empezó a balbucear, pero no la miró, nadie lo hizo. Rory, por su parte, ya no la miraba, sino que miraba a su padre, en guardia.

—Me pregunto si otros tenían tantos problemas para encontrarte hace años. Se decía que cualquiera encontraba su camino hasta ti. ¿Por qué será que Ryan no te quiere? —espetó.

La sonrisa de Amy se hizo más pronunciada. Si lo que pretendía su suegro era insultarla, aquel no era el modo en que iba a conseguirlo. Tomó una copa y la levantó en su dirección en un brindis silencioso.

—Le aseguro que ninguno de mis amantes se quejó jamás de mis habilidades. Por suerte para mí, ustedes se encargaron de limpiar mi reputación el día que colgaron a Gereon Meier. Cuando me casé, era virgen como la madre de Dios ante todos los habitantes de esta ciudad —dijo, con tono fiero—. Fíjese, si no fuera así, el mayor hacendado de Fort Worth jamás me habría puesto en la cama de su heredero ¿no cree?

Oscar Kavanagh se levantó como un resorte, tirando la silla. Trató de saltar hacia Amy, pero su hijo lo sostuvo por los brazos para evitarlo.

—No merece la pena —creyó que decía Rory en su oído.

—Usted me metió en esta casa, señor. No fui yo la que lo escogí. Entre usted y mi padre decidieron el futuro de Ryan y el mío, sin pensar en nosotros. Pero Ryan prefiere acostarse con putas y yo... —se calló y echó la cabeza atrás en una risa profunda.

Oscar la miró con un desprecio profundo. Se marchó, incapaz de replicar ni de admitir que ella tenía razón. Eunice trató de seguir a su marido, como si pudiera conseguir calmarlo, la muy estúpida. En media hora, volvería, herida y encogida sobre sí misma, murmurando que se había caído por las escaleras.

No, ella no sería jamás así. Antes mataría a todos los Kavanagh que dejar que destrozaran su espíritu.



Mei Mei no fue sola. Tras ella vino una muchacha menuda que no debía de tener más de doce años, con la cabeza gacha, y que no hablaba una palabra de inglés.

—Ella cocina si tú paga. Si no paga bien, ella vuelve con Fang.

Arabella lo entendió a la primera. Los discursos largos no eran

necesarios cuando las palabras eran claras.

A la luz del sol Mei Mei era guapa y más joven de lo que se lo había parecido en la tienda, y lo miraba todo con desprecio, y a ella particularmente.

Señaló a Annie, que había bajado por primera vez en días al salón, con un dedo adornado por una uña larguísima.

—Mujer enferma. Tú no cuida bien. Yo cuida.

—No, ni hablar.

Sin embargo, no tuvo oportunidad de luchar contra ella. Antes de que se diera cuenta, le había dejado a la niña cocinera, que apenas se atrevía a mirarla, y había tomado a Annie de la mano. Estaba ya casi en la puerta, cuando se giró hacia ella otra vez.

—Fang no hacer nunca regalos.

Le lanzó la botellita desde la puerta, demostrando su desprecio hacia ella. Casi se escurrió de entre sus dedos. Probablemente, Mei Mei habría preferido que se cayera, pero no mostró de ningún modo visible su pesar por el hecho de que ella hubiera logrado salvar el láudano.

—¿Es tu hombre?

Mei mei emitió al fin una sonrisa. Era la primera vez que la veía expresar algún tipo de emoción, aunque fuera una sonrisa como aquella, llena de rabia.

—Estúpida.

Dijo algo más, pero no pudo comprenderlo, porque lo dijo en chino, en dirección a la muchacha. La chiquilla asintió e hizo una reverencia.

Arabella se preguntó si le estaba dando la orden de asesinarla mientras dormía o con el primer plato que sirviera. Luego pensó que era estúpida, en efecto. Si Mei Mei quisiera verla muerta, la mataría ella misma. Y se bebería su sangre.

—Supongo que tendremos que hacer una fiesta para anunciar que estamos abiertos.

Gereon miró a la viuda. Podía sonreír y fingir que estaba feliz, pero no podía disimular ni la tensión ni el miedo en su mirada.

—Tendrá que ser una buena fiesta, porque va a ser la última, señora — dijo Jorge, dando palmadas alegres y unos pasos de baile, que resonaron con un eco espectral en el suelo nuevo.

Angelique le lanzó una jarra de peltre que, por suerte, estaba vacía.

—No seas agorero. A la mala suerte no hay que llamarla jamás. Ya bastante nos busca ella.

—La verdad es que ha quedado mejor de lo que pensaba. A André le encantaría, si pudiera verlo.

Cuando su madre hablaba de su padre, siempre se llevaba una mano al corazón, o al anillo, pensó Gereon. O a un colgante que le había regalado cuando él había nacido. La viuda no hacía nada de eso. Hablaba del tal André como si fuera cualquiera de ellos. Aunque eso no quería decir nada. ¿Qué sabía él del amor? La única vez que había creído que estaba enamorado, le habían arrancado el corazón del pecho a los pies de la horca.

Desde entonces, ninguna mujer le había hecho sentir nada más que un tibio afecto.

Según Jorge, debería odiarlas a todas. Él las odiaría en su lugar. De hecho, a veces las odiaba. Sin embargo, también las amaba, decía. A todas ellas.

Cuando pensaba en Amy, lo que más recordaba era su olor. Aquel olor a sudor y a heno amarillo. Su rostro, en cambio, no lo podía encontrar dentro de su cabeza. Siempre que lo intentaba, veía a su madre tirada sobre el polvo.

La viuda hablaba de encargar invitaciones, comprar champán, una bebida de la que solo había oído hablar, contratar camareros y músicos, como si se tratase de un baile elegante, y no de la inauguración de un burdel.

Si lo pensaba, sería divertido ver quién se acercaba.

¿Irían los Kavanagh a ver a la mujer que les había desafiado, montando un negocio en sus mismas narices? ¿Y sus amigos, los Donovan y los demás hombres sabios de la ciudad? Lo más probable era que, de hacerlo, hicieran acto de presencia en manada, como los lobos que huelen la sangre.

—Y nuestra querida Shan preparará comida para todos, ¿verdad?

La pequeña cocinera, que había permanecido en un rincón, como si todo aquel asunto no fuera con ella, se irguió, y soltó una parrafada en chino, demostrando, como la viuda sabía, que comprendía todo lo que hablaban.

—No creo que sea buena idea poner las alfombras nuevas, señora. La sangre es difícil de quitar.

—Tienes suerte de que esté de buen humor, Jorge. Y ahora, moved esos traseros. Tenemos mucho trabajo si queremos abrir el sábado.

Gereon sintió que el corazón le daba un vuelco. El sábado.

Había esperado durante semanas el momento en que vería cara a cara a alguno de los hombres que habían intentado matarle y se lo habían robado todo, incluso a su madre. Ahora sabía que se los encontraría dentro de cuatro días. Se llevó la mano al pecho, donde guardaba las cinco balas de plata que McQuade le había dado a Miguel, siempre calientes, al calor de su cuerpo, y se dio un toquecito.



—Estúpida puta... —masculló Oscar Kavanagh, dejando la invitación sobre la mesa—. ¿De verdad piensa que voy a ir?

Rory cogió la tarjeta, decorada con un ridículo ribete dorado y escrita con una elegante caligrafía negra. Ni siquiera las más venerables matronas de la ciudad habían enviado jamás una invitación tan pomposa. En cuanto se enterasen, quemarían la imprenta que había osado cometer el crimen de emitir una invitación para la inauguración de un burdel más deseable que la de la mejor fiesta de sociedad.

Ahogó una sonrisa y volvió a dejarla sobre la mesa del escritorio.

Su padre, a pesar de no ser mediodía, se estaba sirviendo otro whisky. El tercero, que él hubiera visto. Y durante la comida todavía bebería al menos una botella de vino. A ese paso, reventaría antes de los sesenta.

—Con una invitación así, las señoras pueden confundir su local con un



salón de té.

Oscar miró a su hijo, sin comprender qué había de gracioso en todo aquello.

—Pues que vayan ellas, si quieren. O tú, ya que la conoces. Aunque, ahora que lo recuerdo —añadió, con una sonrisa burlona—, no le hiciste mucha mella. Igual es a Ryan al que debo mandar como embajador de la familia. Él sí que sabe tratar a las putas.

Rory volvió a tomar la tarjeta. Cualquier cosa con tal de no mirar a su padre. No quería que su mirada delatase sus pensamientos, aunque dudaba mucho que, dado su estado, Oscar pudiera ver nada.

—Ryan verá a Angelique y se olvidará de todo lo demás. Creo que sí deberías ir, padre. Esa fulana debe conocer al hombre al que se enfrenta de verdad.

Oscar parpadeó un par de veces, como si le costase comprender sus palabras. Era posible que así fuera.

Vamos, padre, pensaba Rory, tratando de mantener su sonrisa impasible y no insistir. Había aprendido a lo largo de los años que hablar de más era peligroso. No, era mejor esperar a que las ideas llegaran a su lento cerebro. Solo que cada vez tardaban más en llegar.

—Sí —dijo al fin el viejo—. Sí. Iré a ver a esa puta. Y le enseñaré lo que es un hombre de verdad. Este maldito juego ya ha durado demasiado y no debe pensar que tiene alguna oportunidad de ganar.

El viejo rio del tal modo que derramó casi todo su whisky en la mesa sin darse cuenta.

Rory se cuidó mucho de celebrar su victoria con una sonrisa más amplia ni con un gesto de satisfacción. Su padre debía pensar que la idea había partido de él.

—Quítate eso de las caderas. Queremos que nuestros invitados se sientan bienvenidos en esta casa.

—Si es que viene alguien.

Arabella ya no se molestó en amonestar a Jorge. Cuanto más se enfadaba ella, más bromeaba él. Lo había dejado por imposible.

Gereon se deshizo del arma, pensando dónde podría dejarla que ella no la viera. No había aprendido a disparar para nada. Tenía que ser algún sitio donde pudiera tenerla a mano. Un lugar de donde pudiera recuperarla en máximo uno o dos pasos desde donde estuviera. Todavía tenía tiempo para pensarlo, aunque cada vez iba quedando menos.

La noche anterior se había acostado pensando que no iba a dormir, pero, al contrario, había dormido como si le hubieran golpeado con una losa en la cabeza. Sin sueños, sin pesadillas, solo oscuridad. Hacía al menos una semana que no había vuelto a soñar con su madre, y no sabía si lo debería echar de menos. A la vez era tranquilizador y se sentía culpable por ello. Era como si la traicionase.

Ese día sus fantasmas desaparecerían para siempre.

Los Kavanagh entrarían por la puerta y morirían, uno detrás de otro, bajo sus balas de plata.

Estaba tan nervioso que todo se le caía de las manos.

Jorge se reía de él sin misericordia, aunque él también miraba la puerta a veces, como si viera los mismos fantasmas que él. O tal vez se trataba de otros, pero fantasmas al fin.

Quizás después de que todo hubiera acabado podrían hablar de por qué había dejado que los Kavanagh le utilizaran, pero todavía no había llegado el momento. Había demasiado trabajo que hacer. Y él lo agradecía, porque le ayudaba a no pensar.

Mañana tendrían también cosas en qué pensar, pero sería muy distinto.

Otra vida.



—No he recibido ninguna invitación.

Fang, que había entrado con su sigilo habitual, y se había sentado a una de las mesas, ahora decoradas con manteles y flores, hacía caso omiso a los demás. Solo miraba a Arabella, que lo miraba a su vez como si los otros no existieran.

—¿La esperaba acaso?

Para aquel día especial, había decidido dejar el luto completo a un lado. Un solo lazo de color púrpura adornaba su cabello oscuro. Era suficiente para que se sintiera la dueña del mundo. Al menos por aquella noche.

—Me habría gustado recibir una —dijo él, girando la cabeza hacia un lado en un gesto que a ella le habría parecido mimoso si fuera un gato.

Ella sonrió. Caminó hasta la barra y se agachó. Cuando volvió a aparecer, sostenía entre los dedos uno de los tarjetones que había encargado a la mejor imprenta de la ciudad. Le habían costado una fortuna y le habían parecido obscenos y ridículos, pero el impresor había dicho que escandalizarían a todos los que los recibieran, así que había tenido que escogerlos, toda su alma clamaba por ello.

Caminó hacia Fang con parsimonia, sabiendo que su vestido de seda negra brillaba, marcando sus curvas, sin necesidad de mostrar ni un centímetro de piel. Como recompensa a sus esfuerzos, él hizo brillar su diente de oro.

Escuchó los murmullos de incredulidad Jorge y de William, pero le dio igual.

Cuando llegó junto a la mesa, se detuvo y extendió la mano enguantada, aunque la detuvo justo antes de que él pudiera tomar la tarjeta.

—Si le invito... ¿Me promete que será un escándalo?

Fang se levantó. Lo hizo muy despacio, demostrándole que él también podía seducirla con sus movimientos, sin apartar su mirada de ella ni un solo instante.

—Querida mía, solo vivo para eso.



Amy se sentía tan frustrada que pensaba que todo su ser explotaría dentro de aquella prisión construida con paredes de oro.

Toda su vida había pensado que había nacido para ser una princesa, pero jamás había creído que las princesas se aburriesen tanto. Además, ni siquiera le permitían salir a pasear por el rancho. En cuanto ponía un pie fuera de la casa, aquel maldito capataz la seguía como si fuera una sombra.

Con los buenos momentos que habían pasado McQuade y ella hacía no tanto tiempo, le parecía increíble que ahora él ni siquiera quisiera entablar una conversación cordial. Pero, por algún motivo, ni siquiera la miraba. De pronto decía que había visto a Dios. Solo murmuraba acerca del pecado y de la salvación que llegaría un día. Si no le conociera bien, pensaría que estaba loco. Además, siempre obedecía como un perro faldero todas las órdenes de su suegro.

Si al menos la vieja tuviera algo de conversación. Pero no, Eunice solo balbuceaba que fuera buena y no irritase a su suegro. Como si no bastase con respirar para que Oscar se enfadase.

Aunque le comprendía. Ella también estaba furiosa. Vivir con aquella gente era como para volverse loco.

Ni siquiera la consolaba el hecho de que al fin Rory la hubiera visitado la noche anterior. Había sido una noche fría y desangelada, como su voz al decirle que nunca ganaría, porque los Kavanagh no perdían jamás, ninguno de ellos.

—Claro que ganaré. Esto será mío, no tuyo.

Rory había reído. Se había reído de ella.

Había intentado echarle de su cama, pero no había podido.

—No entendéis nada, ni el viejo, ni Ryan, ni tú —murmuró contra su boca.

Amy se sorprendió de la extraña dulzura de su beso. Era muy consciente de que él no sentía nada por ella, no desde hacía mucho tiempo, pero la había hecho sentirse acompañada durante unas horas.

Se sentó en la silla del viejo y dejó que sus pies colgaran.

Si la viera allí, seguro que le pegaba una paliza.

Lo cierto era que era la zona más tranquila y fresca de la casa. Con razón pasaba tanto tiempo allí. No solo estaba provista de una cantidad increíble de botellas de alcohol, sino que no se oía nada de lo que ocurría en el resto de la casa. Con las puertas cerradas, casi podía una pensar que estaba en otro mundo.

Había cosas hermosas allí. Extrañas, como procedentes de cientos de sitios distintos. Muebles de estilos distintos, delicados y antiguos, como unas sillas que había en una esquina, con la apariencia de no haber sido usadas en años. Hasta las copas parecían sacadas de los aparadores de mil casas diferentes. Eran bonitos, sí, pero daban una sensación como de naufragio que ponían los pelos de punta.

Cuando aquella casa fuera suya, todo aquello desaparecería y encargaría los muebles en Londres, o en París.

Cerró los ojos y levantó los pies para ponerlos encima de la mesa.

—Quiero el mundo entero a mis pies, sí señor. Y que todo el mundo me los lama —dijo, imitando la voz gruesa de su suegro y riendo después.

Rory estaba equivocado. Comprendía muy bien que odiaba a su suegro tanto como ella. Tal vez juntos podrían gobernar aquella casa y aquellas tierras.

Una risa grave brotó de su pecho ante aquellos pensamientos. Era casi una idea fabulosa, la de ella y Rory, y la de Ryan y su suegro... ¿muertos?

Al bajar los pies, escuchó que algo caía de la mesa y se asustó al pensar que podrían haberla oído. Por suerte, no pareció ser así, así que volvió a recostarse en el asiento de cuero.

Desde allí, bajó la vista al suelo.

—Vaya, vaya —murmuró, cuando una preciosa tarjeta de color crema captó su mirada—. Diversión al fin en este agujero perdido en el culo del mundo.

Ryan no había necesitado ninguna invitación para aparecer en la inauguración del burdel. Todo el mundo hablaba de ello y había una multitud congregada a las puertas del local, aunque todavía no había anochecido. Curiosamente, nadie había osado trasponer el umbral, por temor a que el hecho de hacerlo fuera tomado por cualquiera de los Kavanagh como una muestra de apoyo a la viuda.

Ryan, sin embargo, no tenía ese problema. Además, hacía días que no veía a Angelique, y sentía que las pelotas le tiraban de la tensión.

—Por lo que me decían de usted, pensé que era más guapo.

La viuda sorbía una copa de champán y observaba con actitud divertida a la gentuza de la calle mientras seguía el ritmo de la música con un pie.

—Usted tampoco debía de ganarse demasiado bien la vida como puta, señora DuPont. Aunque la cara no es que sea lo que más importa en el caso de las de su oficio.

Ella no pareció ofendida por sus palabras, sino que levantó una mano para que le llenaran la copa. Le sorprendió que fuera Angelique quien lo hiciera. Estaba más guapa que nunca, con un vestido nuevo y el pelo recogido, casi como si fuera una chica decente. Aunque no era así como más le gustaba verla, había que reconocer que la viuda había hecho un buen trabajo con ella. Incluso tenía más carne en algunos sitios, lo que la hacía todavía más interesante. De haber podido, la habría puesto a cuatro patas en ese mismo instante.

Y estaba seguro de que ella también lo echaba de menos, visto el panorama en aquel lugar. Porque si era con ese ambiente era como pretendía esa mujerzuela ganarse a la clientela de Fort Worth, y de la Media Milla del Infierno en particular, iba lista.

Cortinones de terciopelo rojo, candelabros dorados, orquestas, champán francés... solo faltaba una gorda italiana soltando gorgoritos, como en los teatros que le gustaba visitar a Amy cuando estuvieron en Nueva York en su

luna de miel, aunque luego se aburriera hasta el punto de pasarse bostezando todo el recital.

—¿Quiere una copa? Hoy son gratis.

Ryan mostró su desprecio hacia lo que le ofrecían escupiendo en la bonita alfombra que habían colocado en la entrada para la ocasión.

La viuda mostró al fin algún tipo de expresión en aquel rostro demasiado moreno. Con toda la parsimonia del mundo, se sacó un pañuelo de la manga y se lo dio a Angelique, que lo miró con pánico creciente.

—Dile al señor Kavanagh que lo limpie si quiere permanecer en esta casa, por favor, querida.

Angelique tomó el pañuelo y caminó hasta él. Vio el miedo en sus ojos, como lo había visto muchas veces. Sin embargo, lo que más sorprendió a Ryan no fue aquello, sino que Angelique, a la que él mismo había enviado allí, fuera capaz de tenderle el pañuelo.

—No puedes estar haciendo esto —murmuró, apretando los dientes con tanta fuerza que le dolieron las mandíbulas.

—Por favor... —suplicó ella.

Rogaba, pero no lo hacía por él, sino por aquella puta.

Ryan la había preferido por encima de las demás, incluso por encima de su esposa, cuando debería estar engendrando un heredero, y ahora ella le tendía un jodido pañuelo para limpiar una alfombra.



Ryan no tuvo tiempo para levantar la mano para golpearla.

El sonido de una pistola al ser amartillada le hizo bajarla, aunque no borró la rabia en sus ojos.

—Creía que esto era una fiesta.

La música había parado y nadie respiraba.

En la puerta, los Kavanagh contemplaban a su hijo mayor, que parecía incapaz de apartar los ojos de una mujer rubia con la cabeza gacha. Rory, que era el que había hablado, era el único que había visto al hombre rubio que amenazaba a Ryan. Las ventanas de su nariz se dilataron, como las de un animal que olfatea a su presa.

Pero muy pronto otros hechos distrajeron su atención.

—Baja el arma William, por favor. El señor Kavanagh no tocará a

nuestra chica ni hoy ni nunca, ¿verdad?

Ryan, como un toro empecinado, se negó a ceder durante un largo rato. Rory casi podía leer sus pensamientos. No quería perder su juguete. O simplemente no quería perder. No le habían criado para ello. Y menos estando su padre presente.

—Usted sabe que esa chica nos pertenece.

La viuda ni siquiera se levantó para zanjar aquel asunto. Desde luego, pensó Rory, tenía aplomo. No se merecía el destino que su padre le tenía reservado.

—Me temo que es la chica la que debe decidir —declaró, tomando un sorbo de champán y levantando la copa en su dirección, pero no para ofrecerles bebida, sino para observarles a través del cristal, como si así pudiera verlos con más claridad—. Ustedes decidieron, muy gentilmente, enviármela con el fin de espiarme, o vayan ustedes a saber por qué, porque mi casa siempre ha estado abierta para todo el mundo. Lo que no sabían era que, al hacerlo, le abrieron las puertas de la jaula. Y ahora es ella la que decidirá si quiere volver con ustedes, quedarse conmigo o largarse. Ninguna de las tres opciones es sencilla, Dios lo sabe, pero al menos tiene la oportunidad de pensarlo, algo que a las mujeres se nos da pocas veces en la vida.

Oscar rio, como si no pudiera creer que aquella mujer tuviera la desfachatez de dirigirle aquel sermón bienintencionado.

—Esta puta no tiene derecho a decidir nada, eso por descontado. Yo le pagué una fortuna y tendrá que devolvérmela, con su coño o con lo que quiera.

Su esposa se encogió sobre sí misma, gimiendo. Era incapaz de levantar la mirada para mirar a Arabella, como si temiera que sus ojos pudieran quedar mancillados por ver a una pecadora.

—Este no es el tema ideal para ninguna fiesta, pero tampoco me importa discutirlo hoy mismo para acabar con ello de una vez por todas.

Oscar se acercó un par de pasos hacia ella con los puños cerrados.

Otra vez se escuchó el ruido del arma al ser amartillada.

—Mire, puta asquerosa, puede pretender asustarme con su muchachito armado, pero...

—William, por favor, baja esa maldita pistola de una vez.

—Vaya, vaya, me marchó durante media hora, y mira todo lo que me pierdo. Yo que te traía un regalo que pensé que te gustaría.

La voz de Fang sonó fastidiada desde la puerta. Le había costado llegar hasta allí, teniendo en cuenta que los gritos habían atraído a una gran parte de



la ciudad. A esas alturas, era extraño que no se hubiera personado allí el Sheriff y parte del ejército, pero, como sucedía a menudo cuando estaban los Kavanagh de por medio, las autoridades no habían creído necesaria su presencia.

Todos miraron en su dirección, sorprendidos. Fang pensó que podría capturarles en un daguerrotipo así mismo, quietos, con esas miradas de pasmo.

Solo alguien dijo algo, con voz cascada y sorprendida. Una sola palabra lo inició todo. O fue quizá esa palabra lo que lo dio el pistoletazo para que todo acabase.

—Gereon...

—*Mutter...*

—¿Annie?

Oscar Kavanagh se giró hacia las nuevas personas que habían entrado con la misma expresión de asco que si algún intruso hubiera invadido su paraíso. Su rostro fastidiado se desdibujó en una mueca de incredulidad al mirar a la mujer rubia y bien vestida que había hablado primero.

Solo entonces fue consciente de verdad Gereon de que Oscar Kavanagh, el hombre que había intentado matarle hacía casi cinco años, el tipo que le había robado su casa y su vida, y que lo había hecho con tanta seguridad que ni siquiera se había quedado para confirmar que había muerto, ni siquiera le recordaba ni le había reconocido ahora que volvía a tenerle delante.

Pero sí había reconocido a su madre.

La rabia que le había esquivado hasta ese momento, la que no había sentido cuando pasaba hambre, cuando vio morir a Miguel, cuando aprendía a disparar, ni cuando todos insultaban a Arabella, hirvió en sus venas.

Saltó sobre él y comenzó a golpearle aquel odioso rostro que le había perseguido en sueños, como si así pudiera borrar todo lo que había ocurrido.

Solo cuando escuchó el crujido de su nariz, recordó que todavía tenía el Colt en la mano. Entonces, le apuntó. Esa puta cara desaparecería muy pronto y dejaría de atormentarle. A esa distancia era imposible fallar. Bajo el trasero, la tripa gorda de Oscar Kavanagh subía y bajaba con dificultad. Muy pronto, dejaría de respirar.

El cañón frío de una pistola rozó su sien, pero no fue bastante para calmarle.

—No te daré tiempo para hacerlo, muchacho. Y te juro que esta vez me aseguraré de que estás muerto de verdad.

La voz de Ryan no sonaba tan tranquila como sería deseable para causar el efecto que él quería, pero daba igual. Otros en lugar de Gereon se habrían rendido. De hecho, él lo habría hecho hasta hacía muy poco.

Miró a su madre y sonrió. No había podido despedirse la otra vez. Al menos en esta ocasión podría hacerlo. Amartilló el arma y se afianzó sobre Kavanagh para que el retroceso no le hiciera errar el tiro.

—¡Oh, maldita sea! —protestó Jorge, colocándose detrás de Ryan y apuntándole a su vez. La señora Kavanagh gritó al ver que amenazaban a su hijo mayor, algo que no había hecho al ver que su marido estaba en peligro—. Después de esto, te juro que no volveré a hablarte, muchacho.

—Haz algo, estúpido —gimió Ryan, mirando a su hermano menor por el rabillo del ojo.

Rory, sin embargo, se limitó a meterse los dedos en los bolsillos del chaleco, como si quisiera grabar el espectáculo en sus retinas.

—¿Ve usted lo que pasa cuando se trata a la gente como a chacales, aunque sean sus propios hijos? —murmuró Gereon, muy cerca del oído de Oscar—. ¿Quién le echará de menos cuando ya no esté? ¿Quién irá a rezar en su tumba?

Kavanagh trató de liberarse de su peso. Era bastante más pesado que él, pero su poderoso cuerpo ya había perdido su vigor. Llevaba años gobernando por medio del miedo, y no por medio de la fuerza. Además, Gereon estaba imbuido por la furia y jamás se había sentido más cercano al Dios de su madre.

Ojo por ojo y diente por diente.



—Es suficiente —gritó Arabella, tratando de imponer la calma.

Su voz fue ignorada, a pesar de la nota de pánico que la impregnaba. Fang se había colocado a su lado y la sostuvo por un brazo cuando intentó acercarse a los demás para separarles.

—Es algo que, evidentemente, no nos concierne.

—Supongo que es así como has llegado a ser tan poderoso —le espetó ella con un innegable poso de amargura.

Él dejó asomar su diente de oro en una sonrisa sin humor. A pesar de su aparente ligereza, no dejaba de vigilar lo que ocurría a escasos metros de ellos, y tampoco apartaba la mano de su costado, donde ocultaba un arma.

—Querrás decir que así es como todavía sigo vivo. Con un poco de suerte, ganarán los buenos y ayudaremos a cuidar sus heridas.

—Eres un cínico.

Fang le tomó una mano y le dio la vuelta para dejar a la vista el pequeño trozo de piel que quedaba al aire, entre el guante y la manga. Depositó un beso suave justo allí, tan breve que ella casi pensó que lo había imaginado.

—Soy realista. Y ahora dime quiénes se supone que son los buenos.



Hacía mucho tiempo que Amy no veía a tanta gente congregada en el mismo sitio. Ni siquiera en los grandes bailes de las ferias de ganado de antaño había tanta animación.

Al final había conseguido que McQuade se prestara a llevarla a la ciudad. Por algún motivo, se lo había pedido y él casi había saltado de alegría. Para variar, no le había hablado durante todo el trayecto, pero le daba igual.

Una vez en la ciudad, la había dejado sola, pero, nada más ver la multitud, supo dónde estaba la fiesta.

Se suponía que ninguna dama decente debería pisar aquel lugar, pero si su suegra había acompañado al viejo, no entendía por qué ella no podía ir allí.

Un burdel, nada menos. Nunca había visitado uno. Se preguntó si habría tanto terciopelo como decían en los periódicos, y si era cierto que las mujeres iban desnudas. Aunque no era eso lo que a ella le interesaba, sino ver de cerca a la mujer que enfadaba tanto a su suegro y a Ryan. Si alguien era capaz de desafiar a los Kavanagh de esa forma, sin duda merecía su respeto.

La gente se apiñaba de tal modo contra la puerta y contra las ventanas, que no sabía si iba a poder acercarse.

Comenzó a empujar, usando los codos y dando patadas cuando era necesario. Luchó y sudó y al final, tras varios minutos, logró acercarse. Notó que le desgarraban el vestido y la insultaban, pero le dio igual. Allí, a contraluz, había visto algo que la dejó paralizada.

Sintió un empujón que la dejó justo en la puerta, sin saber muy bien cómo.

Lo que ocurría en aquel lugar era digno de la mejor pantomima que hubiera visto jamás: hombres apuntándose con armas, una mujer y un hombre sentados, bebiendo champán, mientras lo observaban todo con gravedad, Eunice Kavanagh llorando en un rincón, abrazada a Rory, que se giró apenas

para mirarla, una niña china con una bandeja de comida entre las manos y aspecto enfurruñado, y otra mujer con pelo entrecano que la miraba con un dedo extendido.

—¡Jezabel!

La voz de su madre hizo que Gereon alzase la vista de la cara ensangrentada de Oscar Kavanagh.

Al principio no la reconoció, aunque la realidad era que Amy apenas había cambiado.

Seguía siendo bella, aunque había algo en su rostro que hizo que el recuerdo de la Amy dulce y angelical que guardaba en su memoria se evaporase para siempre.

Ella sí le recordaba. Pudo verlo en el miedo que se pintó en sus ojos. Fue casi palpable.

Jezabel. La mujer que le había señalado. Y ahora era la esposa de Ryan Kavanagh y un día sería la dueña de todo lo que un día había sido suyo, y mucho más.

Una sonrisa amarga comenzó a dibujarse en su rostro. La boca le sabía a sangre. No sabía si era la suya propia o la de Kavanagh.

Al notar su distracción, Oscar Kavanagh volvió a revolverse bajo él y estuvo a punto de derribarle. Luchó para recuperar el equilibrio, pero cayó a un lado y el Colt resbaló de su mano. Mientras tanto, vio que Jorge y Ryan luchaban a puñetazos junto a ellos.

Gereon estiró la mano, sintiendo que la venganza escapaba de entre sus dedos del modo más absurdo. Kavanagh estaba ahora sobre él, sudoroso y pesado. Cada puñetazo era como un palazzo de tierra sobre su tumba.

Una mano tomó la pistola justo ante sus ojos, aunque no pudo ver quién lo hacía, porque Kavanagh saltó sobre él, sofocándole la respiración con todo su peso.



Helga Meier había intentado criar a su hijo en el temor de Dios.

Los impíos eran castigados. Los pecadores ardían en el infierno. Pagaban sus deudas sin necesidad de haber muerto siquiera.

Y Gereon, su hermoso niño rubio, había pecado.

Ella había intentado que no se dejase tentar, pero él no había escuchado a su tonta madre, como otros hijos antes no habían escuchado a sus tontas madres.

Su pecado había manchado muchas almas y muchos habían vagado en vida por su culpa, con los ojos en sombras y los sueños llenos de fantasmas.

Y ahora esa mujer impía estaba allí otra vez. Jezabel. Dispuesta a llevarse a su niño a las sombras para siempre.

Fue sencillo. Incluso un niño habría sido capaz de hacerlo. Por aquel pecado merecía la pena vagar en sombras por toda la eternidad. Iría gustosa al infierno para librar a su hijo de ella.



El sonido del disparo hizo que todos se detuvieran durante un instante, como si estuvieran posando para un daguerrotipo.

Gereon había logrado librarse de Kavanagh y trataba de quitar el arma a su madre. Jorge tenía sujeto a Ryan por el cuello y parecía susurrarle algo al oído, mientras sonreía de un modo espeluznante. Oscar Kavanagh estaba sentado en el suelo, tratando de recuperar el resuello, preguntándose cómo diablos había podido meterse en aquella ratonera.

Y Amy Donovan Kavanagh se moría.

La cocinera china dejó caer la bandeja, que había sostenido todo aquel tiempo, y chilló. Y aquello fue la señal para que la escena se pusiera de nuevo en marcha.

Amy cayó al suelo y Ryan gritó, más de incredulidad que de dolor. Jorge lo dejó ir. No tuvo otro remedio. Ryan había sacado fuerzas de donde no las tenía para acudir a los pies de su esposa.

No había sido un buen disparo. Desviado hacia la izquierda, Helga le había acertado en el pulmón izquierdo, pero fue suficiente. Ni siquiera con asistencia médica habría tenido ninguna oportunidad de sobrevivir.

Eunice Kavanagh empezó a gritar, pero nadie pareció escucharla.

Angelique trató de tocar a Ryan, pero él la apartó de un zarpazo y volvió

a levantarse.

—Maldita vieja loca —gruñó, buscando su pistola entre la ropa con manos torpes.

Gereon logró arrancar el Colt de las manos rígidas de su madre. Ryan estaba cada vez más cerca, pero ella no lo soltaba.

—*Mutter...*

—Gereon...

Helga lloraba. Con que uno de los dos pisara el infierno era suficiente. Su niño no debía mancharse las manos de sangre. A ella le daba igual volver a las sombras. Había caminado entre ellas durante cinco años y las conocía bien. No quería que su hijo tuviera que conocer aquello. No.

Un disparo hizo que Ryan se tambaleara, aunque se recuperó pronto. Gereon miró a Jorge, que maldecía mientras volvía a apuntar.

Inspiró. Ryan estaba casi encima. Dio un último tirón a su madre y la escuchó gemir de dolor. Levantó el Colt justo a tiempo. Ryan también lo hizo.

Los tres dispararon a la vez.



La sangre de Ryan le salpicó la camisa y se mezcló con la suya propia. Por suerte, Kavanagh cayó antes, porque Gereon no sabía si podría volver a disparar.

—Maldito muchacho, te dije que a la cabeza.

Jorge le sujetó antes de caer.

Se oían gritos, pero Gereon no sabía si eran de su madre, de la de Ryan o si estaban en su cabeza. Tampoco sabía si su herida era grave. Todavía le quedaban tres balas de plata, aunque él solo hubiera gastado una.

Oscar Kavanagh seguía vivo, eso sí lo sabía.

Intentó apartar a Jorge de un codazo, pero el mexicano se lo devolvió.

Gereon consiguió ponerse de pie otra vez. En efecto, no le había acertado a Ryan en la cabeza, pero Jorge tampoco lo había hecho. En todo caso, el heredero de los Kavanagh yacía muerto a medio metro de distancia de ellos, quizá menos, con los ojos teñidos de incredulidad.



—¿Vas a dejar que nos masacren a todos como a reses? ¿Acaso no tienes sangre en las venas? ¿No he logrado enseñarte nada en todos estos años?

Oscar Kavanagh miraba a su hijo muerto, pero le hablaba al que le quedaba vivo.

Rory seguía sujetando a su madre mientras miraba lo que sucedía ante sus ojos con algo a lo que se atrevía a llamar desapego. Al fin y al cabo, ¿qué lo unía a esa gente? Nunca había existido afecto entre ellos. En todo caso, habían sido lo más cercano a unos desconocidos. Si lo pensaba fríamente, incluso podía considerarlos rivales.

—¿Quieres saber lo que me enseñaste, padre? —preguntó, dejando caer a

su madre con suavidad. Luego se acercó al cadáver de Ryan. Lo tocó con la punta del pie. Sonrió cuando no recibió ninguna respuesta por su parte. Su muerte era, en cierto modo, un alivio—. Gracias a ti y a Ryan, aprendí que no hay que dejar a los enemigos vivos.

Ver la expresión de sorpresa en el rostro de su padre al caer muerto fue una sensación deliciosa. Le embriagó como el dulce opio corriendo por sus venas. Ni siquiera el haber poseído a la esposa de su hermano había sido tan gratificante.

Ese maldito hijo de puta que le había engendrado y había torturado durante cada minuto de su vida, que pensaba que era un estúpido y menos importante que la mierda de sus vacas, que le humillaba delante de todos y cada uno de sus hombres, que le había llevado hacía cinco años al ahorcamiento de un muchacho inocente, solo para ver si se hacía hombre de una maldita vez...

Sí, era justo que tuviera aquella cara de imbécil justo en el momento de morir.



Gereon ni siquiera tuvo tiempo de comprender lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

Los Kavanagh hablaban entre ellos, como coyotes que se arrancan pedazos de carne con cada palabra, y de pronto, Rory le había robado su venganza ante los ojos.

La rabia le devolvió las fuerzas que le había robado la herida en el costado.

Gruñó y avanzó hasta él, que no se inmutó mientras le veía acercarse. Ni siquiera levantó el arma para defenderse.

—No, por favor, no.

La señora Kavanagh se colgó de su brazo. Al mirarla, le sorprendió lo parecida y a la vez distinta que era de su madre. Esa mujer, que decían que estaba loca, que había vivido con un asesino y un ladrón durante tantos años, acababa de perder a su marido y a su hijo mayor. Y a su nuera. Y él quería con todas sus fuerzas matar al único hijo que le quedaba.

Apretó los dientes. Si mataba a su único hijo en ese momento, ¿qué sería de ella?

—Ahora los dos somos libres, Gereon.

Los ojos de Rory reflejaban una alegría que a Gereon le pareció impropia, aunque lo cierto era que no le conocía, jamás lo había conocido. Nadie conocía al hijo extraño y callado de Kavanagh. Todos hablaban siempre de Ryan, el atractivo y viva imagen de su padre.

—Me has robado mi venganza —dijo, incapaz de reprimir las palabras que le venían una y otra vez a la cabeza.

Rory volvió a sonreír.

—¿Y qué te dice que eres el único que tenía algo que vengar?

—Mátale. Mátale y acaba con todos.

La voz era tranquila, profética, imbuida de poder.

Gereon sintió que su mano se crispaba alrededor del arma. También afectó a Rory, que se encogió un poco sobre sí mismo, como preparándose para el golpe.

—Te di las armas y te puse a un guardián. Llevo años esperando esto. La venganza es de Dios, no os pertenece a ninguno de vosotros. Vosotros solo sois sus manos y yo os dirijo.

Liam McQuade había entrado en el salón y lo contemplaba todo desde la puerta. Una de sus botas sucias pisaba la falda del vestido de Amy, aunque no parecía importarle en absoluto.

Unos segundos de silencio incrédulo siguieron a sus palabras, aunque fue roto por unos aplausos secos.

—Escogiste a un hombre desesperado sin nada que perder y le dejaste al cuidado de un chico moribundo al que le metiste ideas raras en la cabeza —dijo Jorge, que levantó el arma y apuntó a McQuade con rostro serio—. Eras incapaz de hacerlo por ti mismo y querías que otros se mancharan las manos. Felicidades, porque lo has conseguido.

McQuade lo miró con incredulidad. Levantó las palmas y se encogió de hombros. Miró a los demás con los claros ojos azules tan abiertos que parecían captar toda la luz de la estancia.

—¿Acaso no salvé a Gereon de la horca cuando una muchacha impía decidió acusarle de violación? Y lo dejé en manos de tu hermano, les di dinero y la oportunidad de empezar una nueva vida lejos de aquí... —su voz tenía el tono persuasivo de un Mesías. Gereon había bajado el arma. Oír al fin la verdad de su boca era revelador—. Es cierto que dejé las pistas de la verdad al joven para que supiera quiénes habían sido los causantes de su desgracia. Pero ¿puse yo acaso un arma en sus manos?

Hubo algo que vaciló en su sonrisa al sentir las miradas fijas de todos.

—Fuiste el capataz de mi padre durante años y obedeciste todas sus órdenes. Fuiste su amigo. Tú mismo pusiste la soga alrededor de su cuello — dijo Rory, señalando a Gereon—. ¿Qué ganas con su muerte, con la de todos? ¿Crees que te lo vas a quedar todo, que serás un Kavanagh, mejor que nosotros, que Dios lo ordena?

La risa burlona de Rory asustó más a McQuade que la pistola que le amenazaba.

—Rory... tu padre era un demonio que merecía morir. El diablo le llamaba.

McQuade saltó sobre Rory antes de que este se diera cuenta de ello.

Gereon disparó antes de que pudiera llegar hasta él. McQuade cayó de dos disparos rápidos. No murió al instante, sino que rezó durante unos minutos hasta que su voz se convirtió en silencio.

Todos contemplaron su cadáver durante un instante, sintiendo que era posible que ninguno de ellos estuviera allí de no ser por ese hombre que se había ido con una bendición en los labios. Irónicamente, él se había ido en paz, llevándose la de ellos.

—Supongo que casi has terminado.

Rory había abierto un poco los brazos y miraba a Gereon. Había miedo en sus ojos, pero también decisión.

Gereon tragó saliva. El costado le dolía y mantenerse en pie le resultaba un esfuerzo sobrehumano.

Había gastado cuatro balas de plata y, a esas alturas, se sentía idiota, porque todo lo que había creído acerca de la venganza y su vida era mentira.

Rory le miraba a los ojos, y solo le quedaba una bala de plata en el cargador.

—Si no matas ahora al gringo, un día te arrepentirás.

Jorge había vuelto a levantar el arma, pero Gereon vio que también su mano temblaba.

No era lo mismo matar a alguien cuando la rabia todavía corría por las venas. Ahora solo quería pensar. Por mucho que Rory fuera un asesino, si lo mataba, no serían distintos. Y Jorge, a su pesar, debía de sentir lo mismo, o ya habría disparado.

Rory no se movía. Se limitaba a mirarlos, con aquella maldita sonrisa en los labios, como si ya no le quedara ninguna deuda que pagar en la tierra. No era que no hubiera miedo en sus ojos. ¿Quién no tenía miedo a morir? Pero estaba tranquilo. Y eso era algo que Gereon le envidiaba.

Sentía que las piernas le temblaban y desearía tumbarse y dormir, que su madre le acariciase la frente y le cantase como cuando era niño. Y, sobre todo, descansar.

—No es fácil tomar una decisión, ¿verdad? —Rory Kavanagh no hablaba como su padre y su hermano. Su tono era cuidado, educado, dulce. Comprendía que los otros le hubieran considerado débil y hasta idiota. Un hombre de verdad no hablaba así. Un hombre de verdad no necesitaba convencer a su enemigo de que no le matara—. Ahora mismo te preguntas si soy como ellos, si mi sangre también está podrida y si soy de fiar. Y la respuesta es que no. Y sí.

—No le escuches, William —susurró Jorge, con voz cansada y furiosa al mismo tiempo—. Así hablan las serpientes hasta que consiguen meterse en tu cama.

Rory se giró hacia Jorge, sin que su sonrisa se borrara ni por un instante.

—¿Eres tú quien se atreve a hablar de serpientes? No eras tú el que mendigaba trabajo a mi padre y luego ha matado a mi hermano? Tu hermano perdió sus tierras por su mala cabeza y tú no ibas por mejor camino. ¿Eres más de fiar que yo acaso?

—Incluso entre las serpientes hay categorías, Kavanagh.

Rory se lo concedió con un gesto de la cabeza.

—Tú lo has dicho, hay categorías. —Volvió a mirar a Gereon. Sus ojos habían perdido el miedo y parecía haber olvidado dónde se encontraba, rodeado de muertos, en un burdel, con la muerte sobre su cabeza—. Tú y yo no somos tan distintos. Los dos amamos a nuestra madre y seríamos capaces de hacerlo todo por ella. —De pronto, toda aparente dulzura desapareció de su mirada y su boca se endureció. La educación de su tono fue sustituida por la brusquedad de su padre y su hermano, como si la sangre que había negado durante toda su vida se hubiera manifestado a su pesar—. Si me matas, no podrás descansar jamás. Lo perderás todo. Tu tierra, a tu madre, todo. Serás como nosotros. ¿De qué te habrá servido tu estúpida venganza?

Gereon suspiró. Miró a su madre, que murmuraba para sí en alemán. Quizá rezaba, aunque no podía asegurarlo.

—¿Qué me ofreces? —preguntó, como a regañadientes— ¿Quieres devolverme mi casa, mis tierras, mis animales, mi agua? Mi tranquilidad, mi vida... los años que hemos perdido —. Cerró los ojos durante unos instantes, como si todo aquello fuera un sueño que se desvanecía ante ellos. En realidad, todo eso había sido una posibilidad, pero ahora comprendía que era imposible. Esa vida ya no era la suya. No allí—. Ya no es suficiente, Kavanagh. Ofreceme algo más. Algo que valga más que tu vida.

La mano pareció levantarse como por sí misma. El Colt pesaba mucho. Tanto, que su peso hizo temblar su mano por unos segundos. Tuvo que apretar fuerte para que el otro no lo notara.

—¿Qué...

Había tanta incredulidad en los ojos de Rory que Jorge emitió una carcajada divertida.

—Ofreceme dinero. Ofreceme una casa. Ofreceme oro. Y aún así, tendrás esta última bala de plata siempre en mente. Créeme. Igual que yo no pude olvidaros, tú tampoco podrás olvidarme a mí. Cada vez que oigas unos pasos a tu espalda, o el crujido de una tabla en tu casa por la noche, pensarás en esta última bala de plata. Y no creas que es una amenaza vana, Kavanagh. Tú mismo me has enseñado una lección muy valiosa esta noche. Jamás hay que dejar a los enemigos vivos. Solo que hoy estoy muy cansado. Así que quizá mañana. O dentro de seis meses. O cinco años. —Gereon levantó un poco más el Colt, aunque el costado le dolía a rabiar—. Cinco años es una buena cifra, ¿no te parece? Hasta entonces, espero que tengas una mejor vida que la que yo

he tenido hasta hoy, Rory Kavanagh.

Rory tardó en comprender sus palabras.

Asintió con la cabeza en señal de respeto, y le dio la espalda, sabiendo que Gereon cumpliría su palabra, aunque él quizá no lo hubiera hecho. Tomó a su madre del brazo y salió del salón.



—¿Y quién se supone que va a pagarme todo este destrozo? Esa alfombra me ha costado trescientos dólares y está arruinada.

Gereon se giró hacia Arabella, que todavía sostenía una de las copas de champán, ya vacía. Sus dedos eran como una garra, y tenía la sensación de que la agarraba por mera necesidad de tener algo y no saltar. Estaba pálida y no sabía adónde mirar.

Solo al ver su expresión de pánico se dio cuenta de lo que había ocurrido. El suelo estaba lleno de sangre y cubierto de cadáveres.

Amy, McQuade, los Kavanagh...

Sintió que la vista se le nublaba y que las piernas cedían al fin bajo él.

—No, ni hablar. ¡Tú no te vas a morir! —gritó, poniéndose en pie al fin y corriendo hacia él. A pesar de su tono autoritario, se agachó junto a él y le tomó la cabeza para colocarla en su regazo con dulzura—. Necesito que alguien me arregle todo esto. Dios mío, ¿y cómo diablos se supone que voy a pagarlo?

—¿Te has planteado alguna vez tener un socio?

Fang se miraba las uñas, ajeno al parecer al caos que había a su alrededor.

Algunos de los que estaban en el exterior habían entrado y se dividían entre curiosear el local y tratar de atender a los muertos. Alguien que dijo ser médico se había hecho cargo al fin de Gereon y se lo llevó arriba, seguido de su madre y de Jorge, que se deshacía de atenciones con Helga, aunque no entendía una palabra de lo que decía. Tras unos segundos, también les siguió Angelique, con la mirada perdida y las mejillas arrasadas en lágrimas. Supuso que había que escoger un bando, y una familia, y aquella era la suya.

También, tras un tiempo que pareció eterno, sacaron a los difuntos, dejando un rastro de sangre en su suelo nuevo que hizo que Arabella rechinara los dientes.

—¿Conoces a algún buen tintorero?

—Mi hermana buscará a alguien que te limpie la alfombra —dijo Fang, dejando traslucir cierto fastidio en la voz. Había dejado de mirarse las uñas y ahora miraba a Arabella—. ¿Por qué pides ayuda a Dios o al diablo y no me la pides a mí, que soy de carne y hueso?

Arabella, que había evitado mirarle desde que se habían quedado a solas, suspiró. Se arrancó la festiva cinta púrpura del cabello y se la enrolló en la mano. Saltó por encima de los charcos de sangre y volvió junto a él, aunque no se sentó.

—¿Tu hermana? Perdona si no quiero hablar de... no sé exactamente lo que quieres... después de lo que acaba de ocurrir aquí. No puedo negar que la inauguración ha sido un éxito —dijo con ironía, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas—. Estoy en la ruina, pero me iré por todo lo alto.

Fang se levantó, se recolocó la ropa y se colocó frente a ella.

—Que una fulana no acepte el dinero de un traficante de opio me parece, cuanto menos, irónico, pero no voy a insistir. —Suspiró de forma teatral y se cuadró—. Te lo volveré a ofrecer, pero solo una vez más. Soy idiota y me siento cautivado de una forma bastante vergonzosa por ti, pero no tanto como para sufrir por placer. Quiero ser tu socio. Más que eso, a poder ser. Lo que tú me dejes. Lo que podamos ser.

—¿Quién es tu hermana?

Arabella no quería escucharle. Sin embargo, algo le impedía apartar la mirada de él. Fang sonreía, mostrando su colmillo de oro. Nunca nadie se había ofrecido a ella de ese modo. De hecho, nunca se le había ofrecido nadie de ningún modo.

No había mucho que pudieran ser, pero podrían serlo todo, decían aquellos malditos ojos que no la dejaban escapar. Ese tipo era capaz de insultarla y ofrecerle su alma al mismo tiempo. Y ni siquiera la había besado jamás.

—Mei Mei. Pero no vas a hacerme cambiar de parecer. Esperaré tu respuesta durante dos... tres días. Si no la he recibido para entonces... Bien... seré un caballero y pensaré que... —se calló y apartó la mirada—. Mandaré a Mei Mei mañana.

Se fue. Como si no se lo hubiera ofrecido todo. Todo lo que pudieran ser.

Arabella abrió la boca para protestar. O para responder. Pero él se había marchado sin mirar atrás.





Gereon durmió durante días. Y soñó. Con serpientes. Con balas de plata. Con Amy viva y con Amy muerta, señalándole.

—Tú me has matado —le decía.

—Y tú a mí —respondía él.

Entonces oía cantar a su madre, y Amy callaba.

También los Kavanagh le visitaban en sueños, tanto los vivos como los muertos. Pero no le molestaban. Solo hablaban en susurros.

Y un día dejó de soñar y despertó.

Se oían ruidos de reparaciones abajo. Su madre estaba dormida a su lado en la cama, aunque no comprendía cómo podía entrar, porque el camastro era diminuto. Angelique, con una bandeja de comida entre las manos, se llevó un guiño un ojo. La dejó en una mesilla antes de marcharse en silencio.

Aguzó el oído y distinguió las voces de Arabella y de Fang que se gritaban abajo. También se oían las voces de Mei Mei y de Jorge. Todos parecían competir para ver quién se salía con la suya acerca de los nuevos muebles y, sobre todo, el espejo para la barra.

Las voces de los vivos le arrastraban hacia la vida.

Sonrió y volvió a cerrar los ojos.